

LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

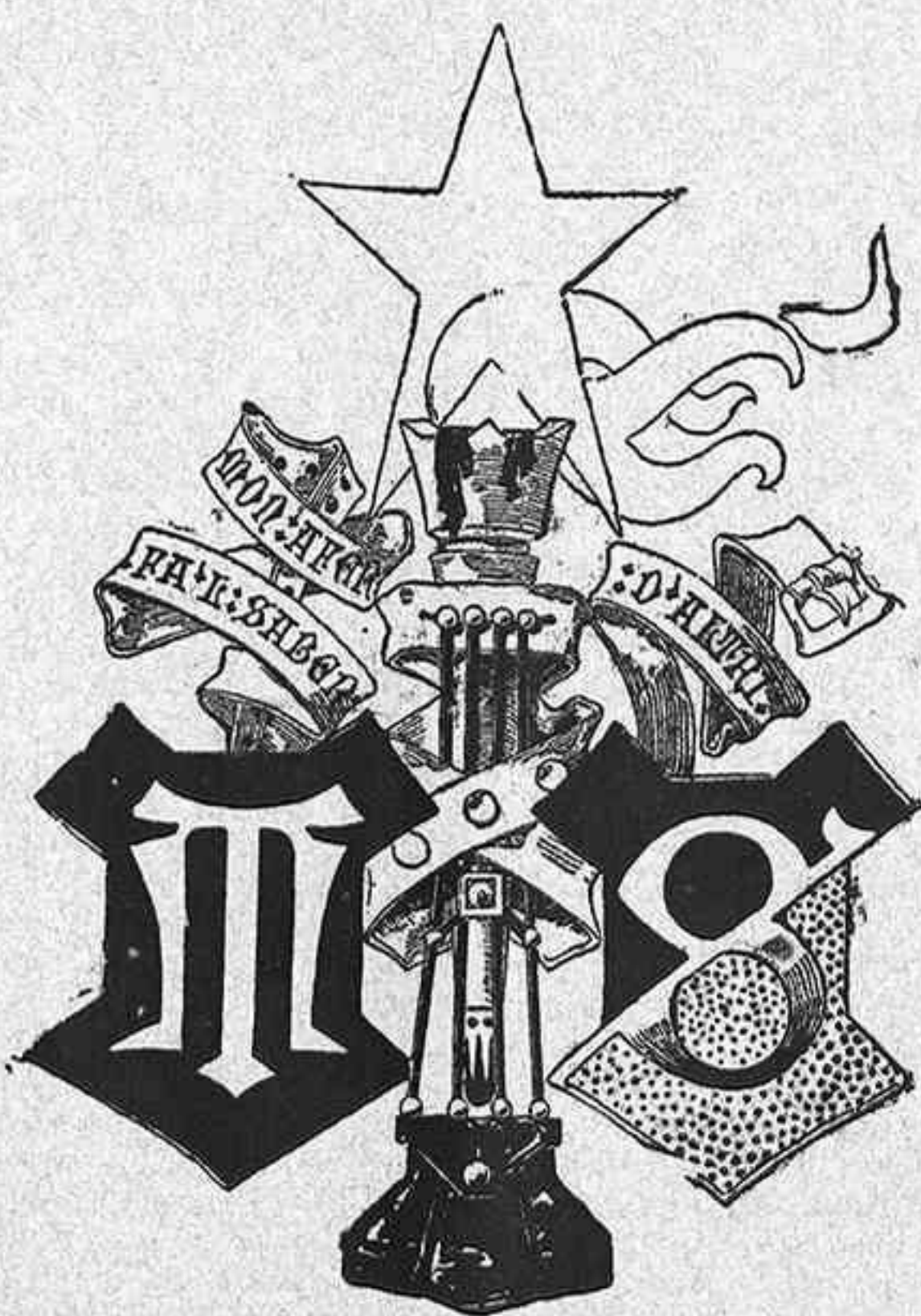
PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XXV.—AÑO 1906

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 255

1906

La



Año XX



La Ilustración Artística

AÑO XXV

BARCELONA 1.º DE ENERO DE 1906

NÚM. 1.253



EL AÑO NUEVO, dibujo de A. Mas y Fondevila



Texto.—*Otro año*, por Miguel S. Oliver. — *Las mujeres de Galdós. Doña Perfecta*, por Angel Guerra. — *Los tres hijos del mago (cuento japonés)*, por José Carner. — *El Jesús de la puerta de Belén*, artículo póstumo de Mosén Jacinto Verdaguier. — *Poema en prosa*, por Pedro Mata. — *La sortija*, por Flor Daliza. — *Un creador de nuevas plantas y frutas*, por Hauldo J. Shepstone. — *La ofensiva*, novela de Alberich Chabrol, con ilustraciones de Jorge Scott.

Grabados.—*El año nuevo*, dibujo de A. Mas y Fondevila. — Dibujos de Cutanda y de Triadó que ilustran el artículo titulado *Las mujeres de Galdós. Doña Perfecta*. — *Tipo oriental*, acuarela de J. Juliana. — Dibujos de Passos que ilustran el cuento japonés *Los tres hijos del mago*. — *Estudio al óleo*, de J. Bauzá. — *En el coro*, pastel de A. Mas y Fondevila. — Dibujo de Joaquín Diéguez que ilustra el artículo *El Jesús de la puerta de Belén*. — Dibujo de Camps que ilustra el artículo *La loca de la playa*. — *A la romería de Torrijo (Sevilla)*. — *Cigarreras sevillanas*, pinturas al óleo de J. García y Ramos. — Dibujos de A. Mas y Fondevila que ilustran el artículo *La sortija*. — *Flor campestre*, pastel de A. Mas y Fondevila. — *En la vega de Granada*, estudio al óleo de T. Muñoz Lucena. — Nuevas frutas y flores creadas por Hauldo J. Shepstone. — *Mercancía de verano (Sevilla)*, pintura al óleo de José García y Ramos. — *Abanico de calaña de 1830 á 1845*.

OTRO AÑO

Al arrancar la cubierta del calendario americano, la mano tiembla ligeramente. El bloque de papel apretado resalta sobre la cartulina del cromo, reluciente de barniz. Una alegoría del invierno: árboles ateridos bajo la nieve; pájaros acurrucados; una choza sepultada en la blancura del sudario sin fin...

¿Por qué tiembla la mano, ligeramente, imperceptiblemente, al arrancar esa cubierta de los calendarios flamantes, en el gabinete caldeado por el fuego de Navidad, en el hogar conmovido por la solemnidad augusta de la Epifanía? No sé; no lo sé á punto fijo, pero tiembla y vacila como temerosa de despertar algo amenazador y terrible que duerme. Es lo Porvenir, es lo Incógnito. ¿Se trata de una gran amenaza, de una gran aurora, de una lúgubre puesta de sol? ¿Será una redención? ¿Será un cataclismo? No podemos contestarnos; y de esa trágica incertidumbre nace, precisamente, la solemnidad del momento.

Porque uno piensa: «detrás de esta hoja deleznable vienen otras y otras hojas, hasta trescientas sesenta y cinco; detrás de este día de sol, diáfano y lleno de serenidad, con la familia congregada por íntima atracción vital en torno de la mesa, vienen otros y otros días inciertos, indescifrados.» ¿Llenos de risas, preñados de lágrimas? He aquí el misterio; he aquí el temblor de la mano, que, sin darse cuenta de ello, acaricia suavemente á la fiera dormida en el seno del bloque, como deseando aplacarla, como deseando amansarla con caricias antes de que nos sorprenda con su zarpazo. En el pequeño mazo de papeles que la costumbre cueлга en nuestras estancias vemos todos, instintivamente, un símbolo abreviado de la caja de Pandora, y todos, en lo más hondo, nos preguntamos: ¿Qué va á salir de ahí? ¿Qué sorpresas nos reserva la historia, el trabajo secretamente providencial de la historia... futura? Y si nuestra curiosidad es más impaciente y, al azar, arrancamos un conjunto de las tenues hojillas, como quien corta una baraja, y aparece una fecha, lejana todavía cosa de tres, cuatro ó cinco meses, y fijando en ella la atención y la vista la interrogamos como se interroga á una Esfinge, como se consulta á una Sibila, entonces crece nuestro sobresalto y tenemos una visión pavorosa, indescifrable.

No sabemos si aquella fecha que destaca sus negros y barrocos guarismos sobre el papel será una fecha vulgar ó una fecha memorable; no sabemos qué profecías han de cumplirse en ella, ni qué plenitud de los tiempos puede anunciarnos, ni qué grande idea ha de ofrecernos, ni qué germen de alta transformación aportará á las civilizaciones, ni con qué crimen las manchará, ni qué hombre ó salvador ó genio inaudito entrará en la vida por sus umbrales, confundido en la igualdad suprema de la niñez, que no distingue con aureola ni estigma alguno al futuro Homero del futuro malvado. ¿Comprendéis ahora la diferencia que va del calendario venidero al calendario del año pasado? Muchos de mis lectores habrán experimentado seguramente esa diferencia si la ca-

sualidad ha puesto en sus manos un bloque atrasado, sin estrenar. Cierta prurito febril les habrá empujado á arrancar las hojas de los días que fueron, del tiempo que pasó; cierta necesidad de matar el tiempo habrá hecho que aceptasen alguna vez esa diversión trivial... Mas ¿qué han encontrado allí? Lo que decía Montaigne: nada más que «almanaques del año pasado.» Es decir, espectros de las cosas que fueron, muñecas de un cadáver, acusaciones del tiempo perdido, del entusiasmo mal fundado, del amor ó del odio mal dirigidos y puestos en cosas que no merecen ni el uno ni el otro. Aquellas hojas son pavesas de un fuego que ardió, mientras el calendario de los días que vendrán es algo que contiene el fuego en potencia, algo por vivir y por estallar en luz ó en estrago, en vida ó en muerte, en esperanza ó en desolación. Estas hojillas son una sarta interminable de huevos misteriosos que incuba el Destino en la obscuridad. En vano la fantasía, el delirio, la quimera se lanzan por senderos de adivinación y profecía: lo imprevisto impera; la sorpresa reconviene al arúspice. Comparad, comparad vuestros anuncios de hace un año, con lo que vino después, con lo que ocurrió después. Lo acaecido os recrimina por ignorantes y por temerarios.

Ved si tiene motivos el hombre para sentirse inmutado ante esa fuerza latente, fatal: ¡Lo que vendrá! Porque el reloj le habla del tiempo que pasa; y sus manecillas señalan el instante de ahora por comparación con el que fué, y sus campanadas vibrantes y cristalinas, en el silencio de la noche, nos repiten aquel *ruit hora* de los viejos cuadrantes, en la fachada de los palacios abandonados á la vera de un camino desierto. El reloj le habla de lo que transcurre, pero el calendario le habla de lo que ha de transcurrir: y en lo que ha de transcurrir rueda todo lo Oculto, ruedan todas las potencias irresistibles y tenebrosas de la dramaturgia de Maeterlinck y del agnosticismo de la lírica contemporánea.

Nadie extraña, por lo tanto, la persistente afición al pronóstico y la amalgama de ciencia positiva y de ciencia imaginaria ó de cábala que perdura en esos pequeños anuarios de índole popular. Al leer el ensayo del P. Feijóo sobre *Astrología judiciaria y almanaques*, diríase que trata de una materia inactual y que combate un vestigio. El vestigio sobrevive á todo y el ocultismo invade hoy más que nunca las ciudades populosas y ciertas clases pseudo-ilustradas. El hombre no se resigna al juego de la casualidad. Más que su historia, fuente de decepción y de tedio, le interesa su porvenir. Así, al ver en las cubiertas del calendario esta cifra: 1906, la miramos con respeto como si tuviera algo de aquel *Deus ignotus*, al cual levantaron aras los gentiles, de suerte que parecía más temido y poderoso que las deidades admitidas y familiares de las viejas teogonías. Porque un año nuevo, un año á transcurrir, es una parte limitada y concreta de ese falso *Dios desconocido* y por aparecer todavía de entre las brumas de lo dudoso.

Pero si enfrente de esta cifra colocamos la anterior y ponemos: 1905, aquella vaga sensación de terror no se produce, aunque durante el año 1905 hayamos visto cosas muy terribles. Recordamos, en efecto, que cuanto pensamos, que cuanto imaginamos hoy hace un año como interpretación anticipada; cuanto creímos que podía ocurrir y acontecer en ese lapso de tiempo que se ha cerrado ahora, todo viene contrariado, rectificado, desmentido y subvertido por un factor caprichoso é incoercible que se escapa á toda apreciación previa. Incluso lo esperado, ha venido por vías diametralmente opuestas á las de nuestra esperanza, mala ó buena; incluso lo previsto, ha llegado por atajos de imprevisión y por saltos de sorpresa, como si hubiésemos descifrado una fuga de vocales que formaba sentido perfecto con nuestra solución, pero que tiene, hasta lo infinito, otras soluciones y otros juegos de vocales y otros sentidos más perfectos y sorprendentes que el primero. Porque ¿cómo podré fijar yo, pobre náufrago, la línea matemática que recorrerá esa botella lacrada que mi desesperación lanza á las inmensidades oceánicas? Allá vuela mi deseo, hacia playas remotas y felices, hacia el amor vivo, hacia la amistad lejana; y la botella al impulso de corrientes misteriosas y no sujetas á ritmo alguno, ó sujetas, por decir mejor, á ritmos no observados ni dominados por la voluntad del hombre, va de tumbo en tumbo á estrellarse contra un arrecife en tierra de salvajes que, por largos años, conservan el papel arrollado en el fondo de la botella, interrogando horas y horas su misteriosa escritura, cuyo enigma nunca descifrarán. He aquí la marcha divergente de nuestros augurios, comparada con la dirección providencial ó simplemente dinámica de las cosas.

Y si ahora me reconcentro y digo:—«Invoca el

auxilio de tu memoria. Haz un recuento, un balance de tu existencia en ese año que acaba de transcurrir. Dime qué has encontrado de malo ó bueno que en la substancia ó en el accidente no fuese sorpresa; dime qué te ha tocado de consolador ó terrible, que hubieses podido precisar de antemano.»—Y si cada lector se dice lo mismo y escudriña sus propias sensaciones y consulta su experiencia; y si de cada vida individual y de todas las vidas individuales juntas ascendemos á la vida de los pueblos y á la marcha de la humanidad, veremos que infinidad de tragedias que parecían inevitables se han disuelto, y otras que se consideraban remotas han estallado, y otras, en fin, que nadie pudo barruntar han llenado de espanto á los hombres, con bramidos de ciclón formidable que cuando el barómetro lo anuncia ya le tenemos encima sin poder esquivarlo ni guarecernos de él.

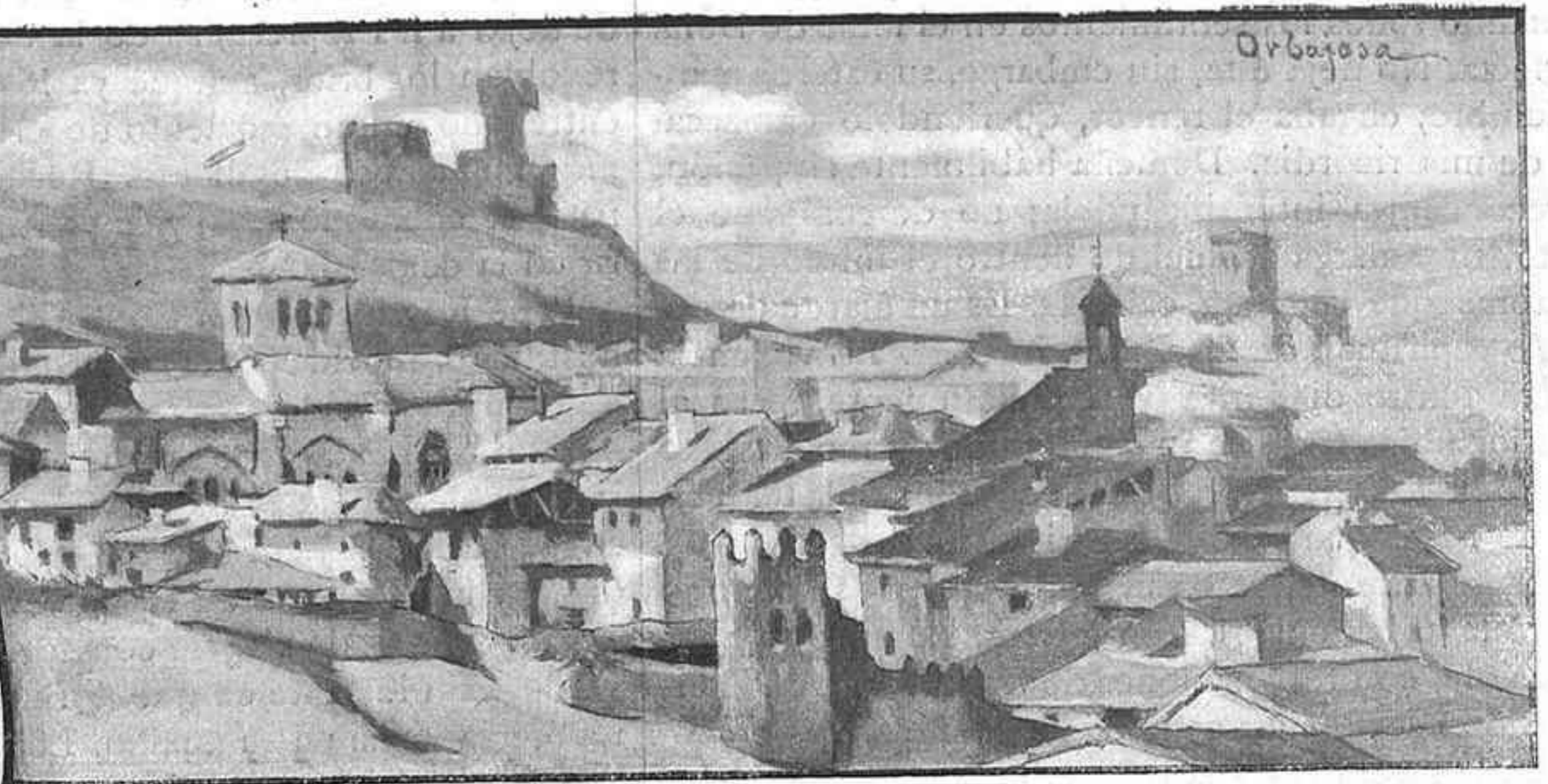
Así ha podido decirse que cada año es una novedad y una lección. Sólo que en este sentido la lección carece de eficacia, como el vuelo de una golondrina que pudiésemos seguir desde que empieza á volar hasta que muere no nos serviría gran cosa para conocer el vuelo, nunca coincidente, de los millones de millones de golondrinas que han existido en el mundo, de los millones de millones de golondrinas que existirán. Decidme cómo se teje la trama de la vida sino por sucesivas conjunciones de circunstancias, muchas de ellas físicas y fatales, ajenas á nuestra voluntad. Y no me refiero, está claro, al determinismo de los materialistas, que éste es grosero error, sino á la subordinación de nuestra existencia á coincidencias con lo exterior, fuera de nosotros mismos. Pasa uno y cae una teja, ó estalla una bomba, y le hiere. ¿Quién pudo precisar esa intersección de circunstancias, de tiempos, de trayectorias? Pues ¿quién podrá iluminarme para las futuras, aunque guíe mis pasos una prudencia extremada? Creía el transeunte ir á la felicidad; andaba en busca del ser amado; se dirigía á casa de su protector para ultimar un asunto que debía labrar su fortuna y consolidar su porvenir: halló la muerte interceptando su camino. Corría otro buscando la muerte, desesperado, y tropezó con un saco de onzas.

De manera que aquel 1905, anodino, insubstancial, pero amenazador, que aparecía por primera vez en la cabecera de los periódicos hoy hace un año, nos ha entregado ya su enigma. Sabemos lo que ha dado de sí; ha dejado en la Manchuria cuatrocientos mil esqueletos humanos, como horrorosa visión tamerlanesca; nos ha revelado un pueblo nuevo y una vieja disolución; nos ha ofrecido el asombro de hacernos contemporáneos de algo más inaudito y violento que la Revolución francesa, de una gran hemorragia más abundante y copiosa que la primera, de un Terror más desenfundado y más sin dirección y puntería, por abominables que las spongamos, que el antiguo Terror; nos ha conmovido con un recrudescimiento general del jacobinismo en las naciones llamadas latinas, y ha reservado á nuestra España unos días de angustia honda, de delectación morbosa en la tristeza, de depresión de ánimo absoluta, dorados con el entusiasmo hiperbólico del homenaje al ilustre Echeagaray, del centenario del *Quijote*, del obsequio á los voluntarios catalanes de la guerra de Africa. Jamás las manifestaciones externas del amor á la patria habían llegado á revestir entre nosotros tales caracteres de espasmo y frenesí, ni se había advertido, como decía Manuel Bueno, una más honda crisis del patriotismo elevado, heroico y en el verdadero sentido de la palabra. ¿Nos resarcirá de todo esto el año 1906?

* * *

Todas las cosas, incluso las que parecen más triviales, tienen su pequeña filosofía; y en esa charla, un poco trascendental, algo habrá salido, lector, de la *filosofía del almanaque*. ¿Por qué no escribirla? ¿No se escribió, según dicen, aunque nadie lo ha comprobado (como tantas cosas que pasan por axiomas), una *Higiene del sastrer* y otra *Higiene del miliciano nacional*? He querido explicar, á mi manera, esa imperceptible, inconfesada turbación que siente el hombre al arrancar la cubierta del bloque. El año que se va fué huésped molesto ó divertido, procaz ó atento, traidor ó leal; pero ya salió, ya ha cerrado la puerta. Ahora, detrás de esa puerta aguarda el *intruso*, acechan el peligro y la interrogación de las grandes incertidumbres. ¿Qué trae escondido bajo la capa? ¿Qué tiene en el buche?.. Divaga, lector, que nunca acertarás. Lanza tu fantasía á lo arbitrario; consigna tus predicciones, tus deseos, tus augurios, tus temores, tus esperanzas y, si quieres, comunicámelos el año que viene, caso de que nos deje en paz, á ti y á mí, el que ha empezado ahora.

MIGUEL S. OLIVER.



LAS MUJERES DE GALDÓS (1)

DOÑA PERFECTA

Por la puerta que da al claustro, en la vieja catedral, sale en este instante. Ha oído misa y devotamente ha rezado. Anda lenta, solemne, con paso reposado. Bajo las negras tocas de viuda ostenta un rostro todavía hermoso, seco el gesto, grave la expresión, así como su continente es altivo, señorial, muy hidalgo. Entre las manos blancas lleva el devocionario, y cuelga de ellas el rosario de antiguas perlas que amarillean sobre la negrura de la falda ligeramente ondulante.

Sus ojos, sagaces en el mirar, con vivacidad interior, por más que se esfuerzan en rastrear la tierra, desmayando los párpados con expresión de beatitud, de reposo místico, es cierto que todo lo observan, vigilantes, inquisitivos, en constante espionaje siempre, y que el más leve movimiento de vida lo recogen, mientras que el oído, de escucha, atento á todo murmullo social, si bien parece distraído y olvidado del mundanal ruido, vaho de pecadores, nada deja escapar sin que lo retenga al paso, con consciente voluntad que disfrazada un aire de profundo desdén. Hay en su gesto como un desabrimento de la vida, asco de la miseria humana que acosa á las almas empeñadas en la purificación, por la penitencia y el desprecio á las vanidades, de tentaciones y culpas.

Por las trazas exteriores, pulcritud en el traje severo y no sin cierta elegancia provinciana, por la firmeza y distinción de sus ademanes, bien se conoce que es Doña Perfecta señora de todo rango y limpio linaje, muy en respeto y en olor de noble entre las buenas gentes de Orbajosa, la vieja ciudad episcopal que asienta sus añosos caserones, no rendidos aún á su gran pesadumbre, en el riñón mismo de las pardas tierras castellanas, empapándose en el silencio de las llanuras sin término, estériles y como muertas desde siglos ha.

Orbajosa retiene su carácter antiguo, la roña histórica; se ha petrificado, conservando la vida de centurias pasadas por no haber remontado, con im-

pulso nuevo, el curso de los tiempos.

Cuadra bien la figura de Doña Perfecta en la soledad y vetustez de las callejas por donde cruza camino de casa. Su silueta destaca en aquel fondo brumoso, en negro, de los caserones que descascaran sus paredes, un tiempo blancas, con manchas terrosas del agua que gotearon los recios canalones al paso de los inviernos y que amasaron el polvo que dejaron sobre ellas las ráfagas del viento allá en otros estíos que fueron.

Del espíritu de la ciudad se ha empapado hasta la medula

de los huesos Doña Perfecta. Nacida y criada allí, en el rancio solar de los suyos donde viviera siempre, nutrió su alma de continuo la conventual soledad del poblacho, respiró al día su ambiente moral de intransigencia irreductible y la pasión religiosa que ha templado el corazón, durante centurias y más centurias, de generaciones sucesivas que han ido viviendo en el corto recinto de la ciudad.

Como Orbajosa es una población sin pulso, que ha paralizado su vida, Doña Perfecta es un ser atávico, rezagado, con ideas y pasiones de otros días. Su carácter es de una fiera, rectilíneo. Pocos espíritus más intensos y con mayor temple. Bajo la apacibilidad de ese carácter, imperturbable de continuo, sería difícil sospechar las energías, los ímpetus impulsivos, la acometividad fiera que esconde dentro, y que se despiertan, irritados y trágicos, á la menor sacudida, al primer reto de lucha. Llamábase con razón al alma de Doña Perfecta un «interior ahumado.» Raspando en la costra de la mansedumbre externa, husmeando más allá de sus bondades y de su piedad religiosa, rasgos salientes de su carácter, idiosincrasia individual, se descubre una complejidad moral distinta, un psicologismo extraño, sentimientos bravos sujetos á una recia disciplina interior, una pasión intensa de mujer fuerte que, al exaltarse la fiebre religiosa que enloquece sus ideas y calienta la sangre, llega á las locuras extremas, á la sed de exterminio y muerte.

Desglósase ese carácter, se vuelve del revés esa mansedumbre, ábrese la válvula de la pasión, y surgen los arrestos indomables, la ferocidad salvaje, cuando las circunstancias la empujan á reñir la batalla en pro de las creencias propias, con raigambre honda en la conciencia. Al llegar ese caso, la creencia en el espíritu conturbado de Doña Perfecta se torna pasión, la mansedumbre conviértese en acometividad; los escrúpulos morales declinan, con flexibilidad espiritual, dúctiles y acomodaticios, hasta parar en arrebatos impulsivos, y los serenos juicios de antes derivan en perturbaciones mentales que santifican la violencia, los estados de fuerza, la transgresión del sentimiento de caridad y amor humanos, innato en todos los seres por ley natural.

No es, en verdad, esta evolución espiritual un completo cambio de carácter. La levadura levantisca,

el ímpetu pasional, existen, en germen, como dormidos, en el alma compleja, con infinitos repliegues, de Doña Perfecta. Basta el choque, la hostigación á la lucha, para que se sobrepongan, para que surgan prepotentes, en la plenitud de la energía.

Miremos su historia. Su vida responde en todo á su carácter.

* *

Corren días tranquilos. La iglesia y la casa absorben por completo las actividades de Doña Perfecta. En los dos recintos encuéntrase en paz su espíritu. Por las mañanas los rezos la distraen, perdida en el reposo de las capillas desiertas, ante los altares en oración, y el resto del día el cuidado de la hacienda y la amorosa compañía de su hija Rosario, por quien se desvela su cariño de madre constantemente, ocupan sus afanes. Dentro de casa vive á gusto. Por la noche, cuando ya ha terminado el trajín casero, despachada la servidumbre doméstica, comienza la tertulia familiar para matar el ocio de unas horas. Siéntase en el viejo sillón D. Inocencio, teólogo recalcitrante, grave varón en olor de santo y con respuntes de sabio, dignidad de Penitenciario, que habla siempre de cosas que atañen á la religión y á la vida espiritual de aquellos seres á su dirección encomendada. Con fines más humanos, á la busca del cariño y la dote de Rosario, suele venir también á la tertulia aquel doctorcillo pedante y romancesco que una sobrina del Penitenciario trajera al mundo y las aulas universitarias condicionaron después para marear con su erudición á la violeta y su retórica de pacotilla á las buenas gentes lugareñas de Orbajosa y hasta á la casta señorial, por ella y su hija representada, de Doña Perfecta.

* *

Así, en este ambiente de monótono reposo, de paz doméstica inalterable, transcurren los días, hasta que de pronto, en hora bien señalada en el curso de esta historia novelesca, aparece Pepe Rey, hombre de ciencia á la moderna, ingeniero, que viene á Orbajosa. Traénle á la vieja ciudad episcopal, amén del cariño por su prima Rosario, ha tiempo su prometida por convenio entre los padres, cierta comisión oficial, en relación con su carrera: nada menos que abrir la anticuada Orbajosa, inmóvil en su ancianidad de siglos, á las actividades de la vida moderna, desentrañando sus riquezas, revolucionando su espíritu arcaico al empuje de ideas nuevas.

Al principio, la paz continúa sin alteraciones sensibles. Recibe bien, con afable cariño, Doña Perfecta á su sobrino, y ratifica de corazón su promesa de darle por esposa á Rosario. Ya ésta se ha enamorado de Pepe Rey con locura, entrañable ardor de la pasión primera.

No tarda en surgir la lucha. Entonces es cuando comienza á desplegarse el carácter de Doña Perfecta. Basta una leve plática, con ciertos honores de controversia religiosa, traída hábilmente con socaliñas de teólogo por el Penitenciario, espíritu inquisitivo, quisquilloso bajo una costra de prudencia, para que la pasión sectaria, la intransigencia católica embravecida, con acción de revulsivo energético, transfor-

(1) Comenzamos en el presente número la publicación de la serie de interesantes artículos que con este título ha escrito para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el notable literato matritense que firma con el seudónimo de Angel Guerra, y que iremos insertando en números sucesivos. (N. de la R.)

men el cariño en odio, la bondad en repulsa, revolucionando todos los sentimientos en el alma de Doña Perfecta. No deja ésta, sin embargo, su externa mansedumbre; engaña el rencor, queriéndolo enmascarar de misericordia. Domeña hábilmente su pasión, la reconcentra intensificándola; no descompone el gesto, ni amarga la hiel de dentro el mimo de las palabras que semejan caricias. Es un alarde de dominio espiritual, de disciplina interior. La violencia labora dentro dinámica y silenciosamente, pero al exterior no se trasluce ni siquiera en un movimiento rápido, inconsciente, rebelde, acusador de la tempestad de odios que ha estallado interiormente.

Frente á frente, ya en lucha, desplegadas por uno y otro lado las energías en guerra, siempre se verá impasible, con resignaciones de víctima, á Doña Perfecta. Son sordas sus acometidas, dañinas, pero conservan la serenidad y la mansedumbre por fuera. Insinúa, instiga, con reticencias, á medias palabras, la campaña de hostilidad contra Pepe Rey. Ella es la mano oculta que lo arroja de la catedral, la que consigue destituirle en el cargo que se le encomendara. Los golpes se suceden, llegan á punto, hieren en la sombra, pero no es posible declarar una responsabilidad cierta. Lastímase Doña Perfecta á cada contrariedad que acorre al sobrino. Pocas veces la astucia femenina, el disimulo hipócrita, la temeridad á cubierto han encontrado mejor encarnación, plástica y viva.

En estas condiciones luchar es imposible, y por momentos Pepe Rey siente vacilantes los ánimos y pronto se halla á declararse vencido, huyendo. ¿Con qué enemigo combatir?

Mas no cede. Es empeño de amor, superior á toda flaqueza. Puede, en los azares de la lucha, abandonarse á la pusilanimidad, á la cobardía que inspira el imposible vencimiento. Pero la pasión de una mujer que á nuestro lado batalla, pronta á cualquier

evento, resuelta hasta al heroico sacrificio, no se puede dejar á las represalias de la derrota. Por ella se redoblan los bríos, aunque ya los corajes se hayan entregado, en un momento de crisis psicológica, al más angustioso desaliento. Renace entonces el ímpetu, se cobran fuerzas, y se piensa en vencer ó morir en la demanda.

Pepe Rey lucha solo. Contra él se ha levantado la hostilidad, movida por el fanatismo irreflexivo y feroz, de todo un pueblo. Secretamente ha concitado los odios de la ciudad entera la misma mano cauta, pero implacable. Apenas si á su lado encuentra la bonachonería de D. Juan Tafetán, filósofo bufonesco de lugar, y la desaprensión casquivana de las niñas de Troya, especie de alegres comadres.

Llega un instante en que el triunfo se cree seguro. La fuerza viene en su auxilio. Los clarines militares la anuncian con sonos de resurrección y de vida. Parece ya vecino el éxito, llegada la hora de las justicias y vindicaciones supremas.

Entonces es cuando el espíritu de Doña Perfecta se muestra en su máximo temple, activo, descubierto, gigantesco. La sagacidad se afina, su hábil diplomacia se renueva en las insinuaciones astutas y en las conquistas, tortuosas en los medios de realizarlas, pero certeras en el alcance. Como siempre, no va por caminos derechos al logro de los propósitos. Sabe engañar, seducir, enmascarar la ruindad de la intención bajo el disfraz de los rectos pensamientos.

Nada tan admirable como la actitud taimada, la charla con arranques de insinuación y con tapujos de resistencia, de Doña Perfecta en medio de los conspiradores, venciendo la pasividad honrada de *Caballuco*, el valiente guerrillero, reacio á combatir de nuevo en fe de la palabra jurada.

Con movimientos curvilíneos, pero de avance, la idea va limando preocupaciones, á saltos, metién-

dose en el cerebro de los cerriles lugareños, levantisco de ánimo, hasta convencerlos, merced á la dialéctica precisa, incisiva y dúctil de «la señora.»

Ruega, amonesta, se encoleriza ésta, hasta implora; pasa rápidamente de la súplica al insulto, y cuando el razonar ha agotado todos los medios de convicción, un arranque poderoso de su voluntad obliga al mandato. El carácter de Doña Perfecta llega entonces á la plenitud de su energía y se revela en toda su intensidad de expresión.

Rinde, en ese momento, los ánimos más discolos, por sugestión, por superioridad de alma.

Y así llega la catástrofe. Al saltar las tapias del jardín para raptar á la prometida, cae Pepe Rey al estampido de un trabuco. A la voz de la señora, *Caballuco* ha disparado su arma de conspirador y de guerrillero, honrada en las luchas cuerpo á cuerpo, con vilipendio ahora por matar por la espalda y en la sombra con certero golpe de asesino.

Buscando en el hecho una responsabilidad moral merece indulto la mano inconsciente que ha movido el gatillo. Es un acto reflejo; la voluntad impulsora es otra que se ha enseñoreado de la suya.

El espíritu sutil de Doña Perfecta ha consumado el crimen.

Bien es verdad que, al volver á las realidades de la vida, pasado el momento trágico y supremo, el carácter se replugará, se integrará á su primitivo modo de ser; han de tornar, súbito, el gesto bondadoso, la mansedumbre amable, reconcentrándose en el fondo del alma toda la fiera desplegada, como se serenan en la superficie las ondas de los mares cuando ha pasado el soplo de las tormentas.

Y sobre el cadáver de la víctima, tal vez con piedad (¿por qué no?), llora una lágrima.

ANGEL GUERRA.





TIPO ORIENTAL, acuarela de J. Juliana

LOS TRES HIJOS DEL MAGO

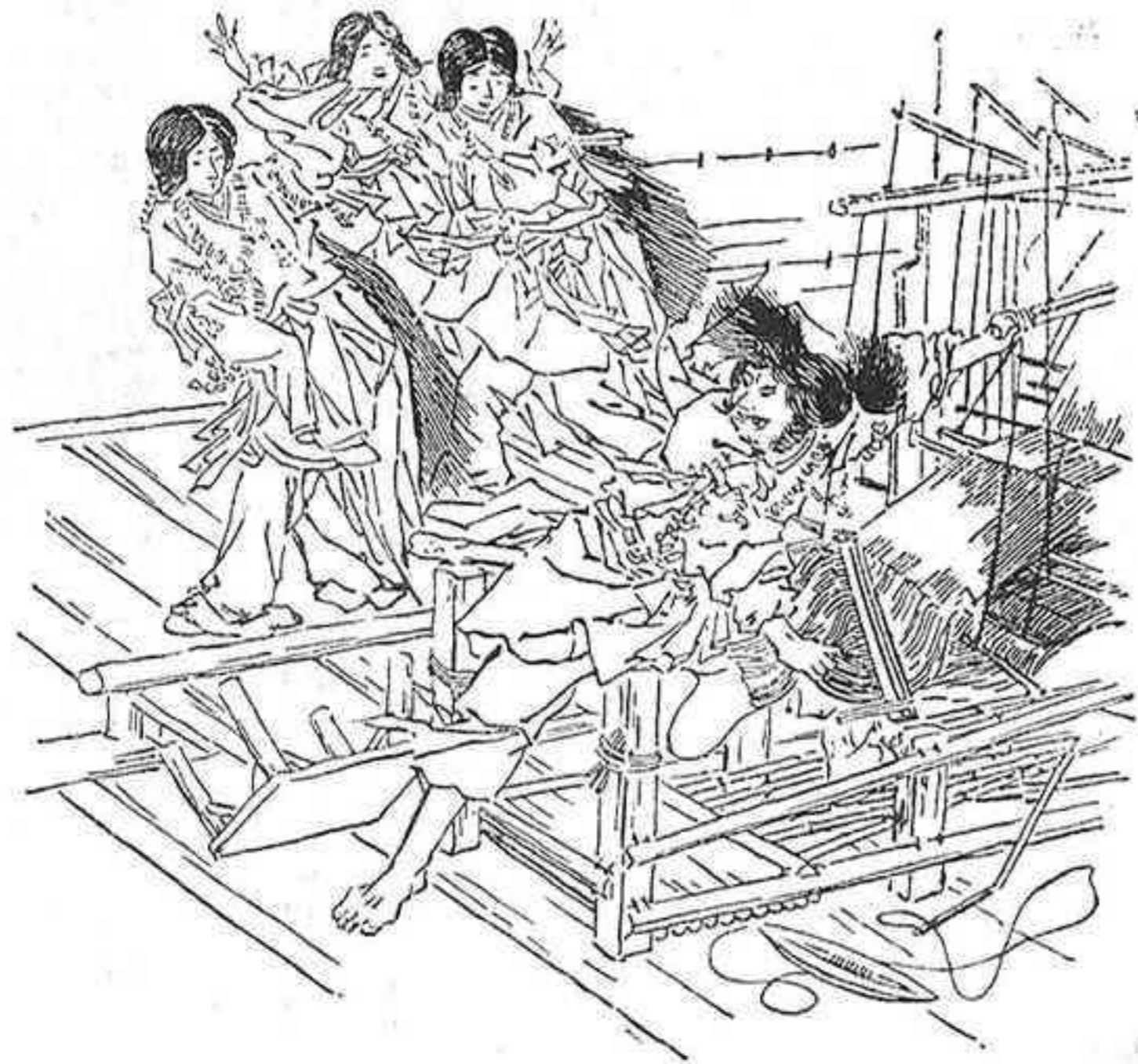
CUENTA JAPONESA

Parece ser que el Universo, poco tiempo después de creado, pasó á ser propiedad de un inteligente mago.

El mago desconocía todo lo que nosotros sabemos y en cambio estaba al corriente de todo lo que ignoramos.

¡Figuraos si sería vasta y profunda su ciencia!

En cierta ocasión el mago tuvo que emprender un



... destruyó los husos, rasgó las telas...

viaje hacia el país del Ensueño, que está algo más allá del Universo. El viaje, según los cálculos del mago, duraría algunos años.

El inteligente anciano, antes de que su alma cargase con su cuerpo como si éste fuese una maleta, reunió á sus tres hijos y les habló de esta suerte:

—Hijos míos, me voy. Durante mi ausencia será preciso que dirijáis el curso de los seres inexpertos. Tú, ENTENDIMIENTO, eres frío y silencioso. Los estudios nocturnos han dado palidez á tu rostro. Te doy



¡Mirad, mirad, la gritaron, mirad; esta hada es más bella que vos!

la LUNA; reina en su callada blancura. A ti, VOLUNTAD, que eres enérgica y resuelta y tienes la cara morena, la boquita petulante y los ojos decidores, te re-

servo el SOL. Y finalmente, tú, INSTINTO, tumultuoso, indomable, variable, obtienes el MAR, que es semejante á ti.

Y el mago partió.

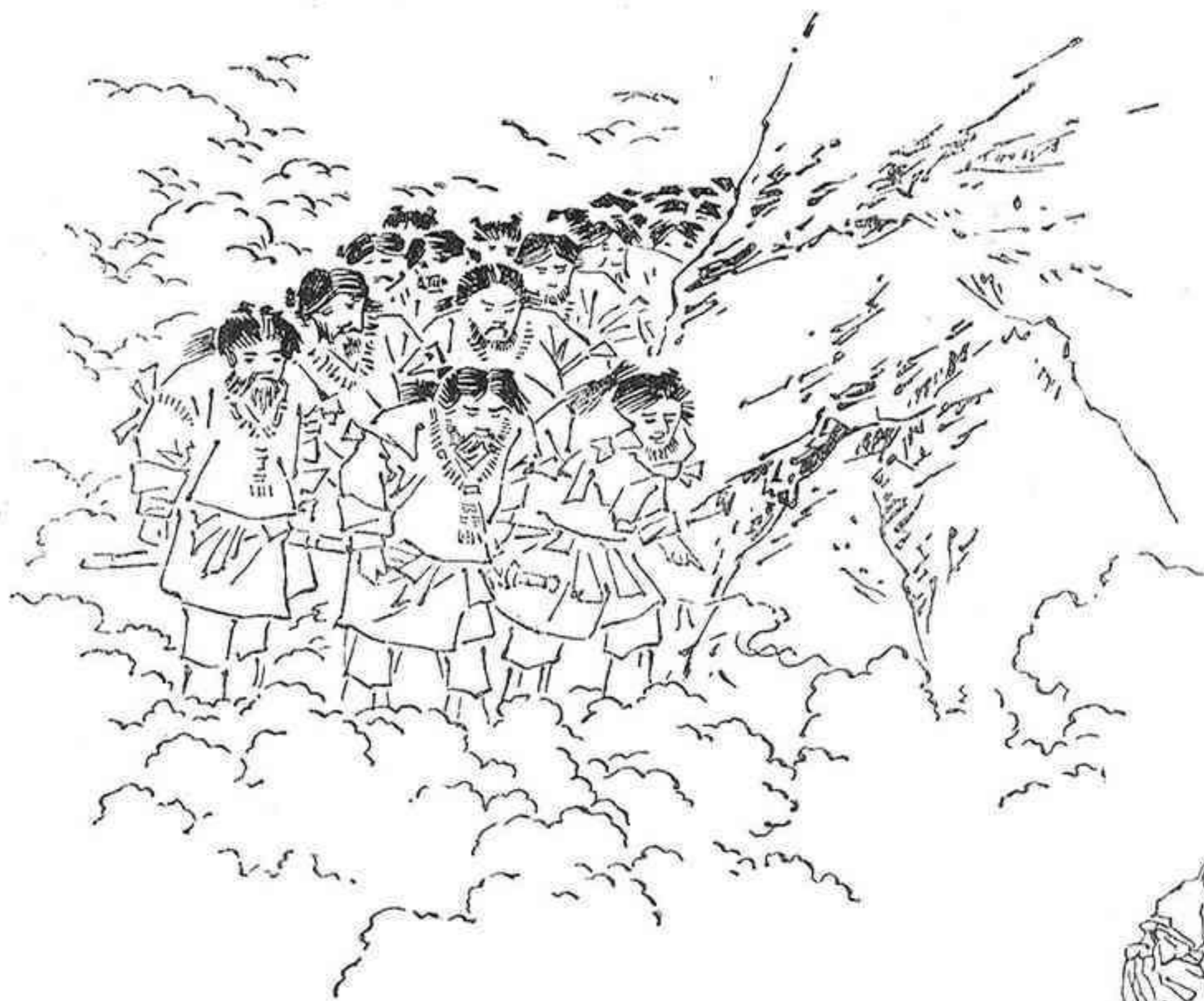
El príncipe *Entendimiento* fué feliz. Vedle en la tarde tranquila. Recibe el beso de su hermana *Voluntad* reina del Sol, que corre á ocultarse tras las montañas, siempre traviesa. Su hermano el *Instinto*, señor de los mares, permanece sereno cuando él le mira. El *Entendimiento* se entretiene en hacer inútiles y pintorescas combinaciones con nubecillas blancas y sonrosadas que se forman y se deshacen á su antojo. Estas combinaciones, en el idioma japonés, se llaman Ciencias.

La *Voluntad*, siempre joven y risueña, descubría cada día nuevos palacios y jardines en flor en su maravilloso reino. Todo lo enardecía; á todo comunicaba ímpetus y esperanzas.

Pero entre tanto germinaba el mal humor en el corazón del *Instinto*. El hijo menor del mago tendía algunas veces su cuerpo azul cuan largo era, otras se levantaba con furor y estrépito, maldiciendo su suerte y envidiando la de sus hermanos.

Un día pegó un salto atroz, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró en el Sol.

La *Voluntad*, aunque era firme y entera, cedió por aquella vez á la timidez de su sexo, y huyó á una cueva profunda situada en la falda de una montaña



El *Instinto* fué ignominiosamente arrojado al mar y estuvo á punto de sucumbir



El príncipe *Instinto*

asperísima. Y desapareció por completo la *Voluntad*, cerrando la cueva tras sí.

¡Imaginaos el desconcierto del Universo, que súbitamente se quedó á oscuras! Dice el cuento que el Universo se deshacía en llantos y berridos como niño antojadizo.

Celebráronse innumerables Congresos internacionales para volver la multiplicidad de las cosas á su



¿No podrías socorrernos en tan duro trance?

La *Voluntad* tejía con sus doncellas magníficos vestidos de oro, plata y pedrería en la más rica estancia del palacio de la metrópoli.

Llegó el *Instinto* á su presencia, destruyó los husos, rasgó las telas, y con espantosos clamores hizo temblar todo el palacio.

primitivo próspero estado. Un filósofo, amigo de las zumbas trascendentales, propuso que se explotase la curiosidad suma de la *Voluntad*.

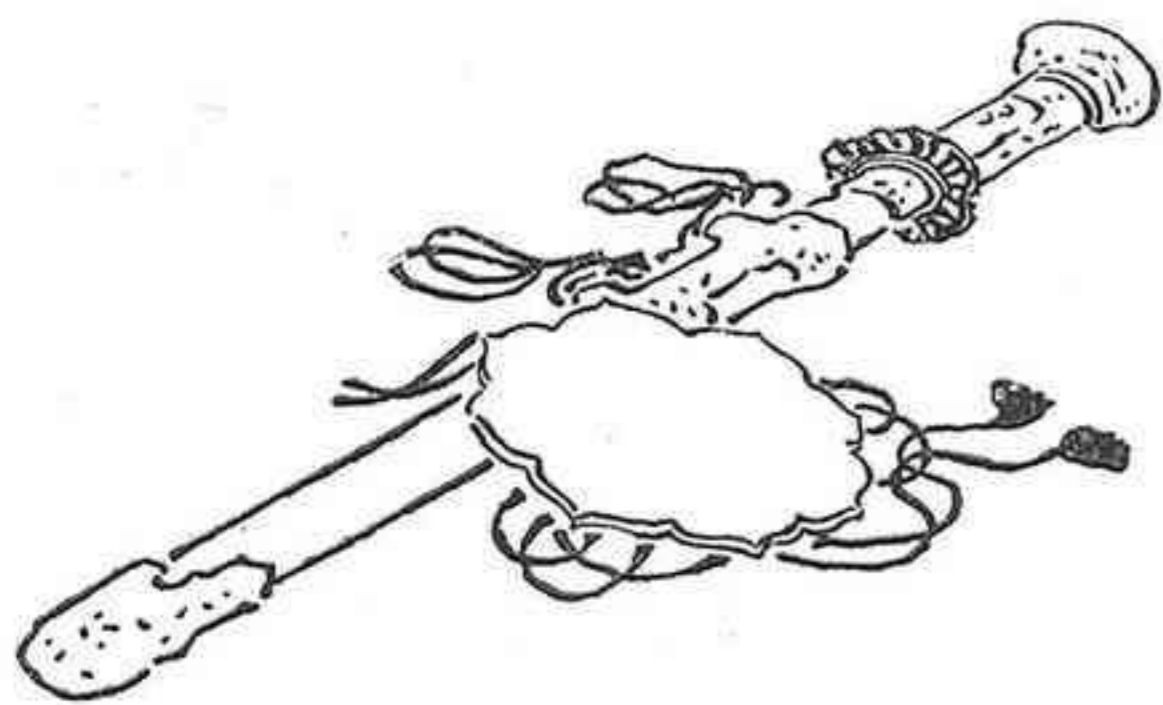
Así se hizo; dirigiéronse una mañana las mujeres más bellas á la puerta de la cueva. Las más esbeltas y flexibles danzaron repetidamente; otras arrancaban

suaves melodías á mil concertados instrumentos; y las restantes palmeaban de júbilo y agitaban el aire con su pintoresco vocerío femenil.



Paseaba el príncipe una tarde á orillas del río

La *Voluntad*, al oír semejante algazara, sintióse presa de curiosidad irresistible, y abrió un poquito la cueva á fin de ver una miaja el soberbio espectáculo. Esto era precisamente lo que anhelaban todas.



—¡Mirad, mirad, la gritaron, mirad; esta hada es más bella que vos!

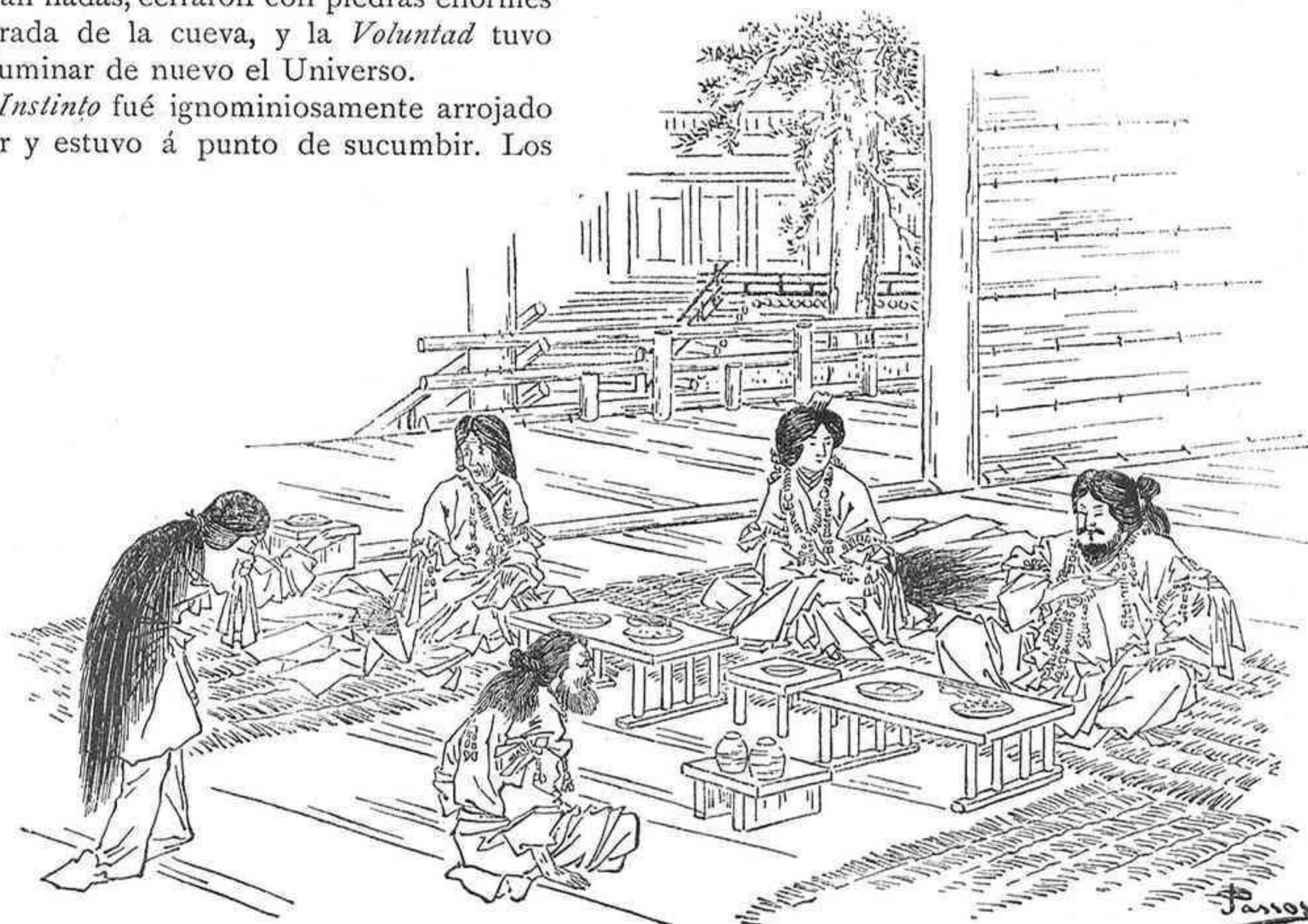
Y así diciendo, presentáronle un espejo.

La *Voluntad* desconocía la invención y uso de los espejos; ignoraba por completo que el rostro que se reflejaba en el sorprendente cristal era el suyo propio.

Al ver en el espejo una cara tan hermosa, la *Voluntad* salió por completo de la cueva.

Inmediatamente las mujeres, que casi todas eran hadas, cerraron con piedras enormes la entrada de la cueva, y la *Voluntad* tuvo que iluminar de nuevo el Universo.

El *Instinto* fué ignominiosamente arrojado al mar y estuvo á punto de sucumbir. Los



El *Instinto* se casó con la hermosa joven...

peces no cesaban de abrir la boca preguntando por su salud.

Poco á poco el *Instinto* fué mejorando la salud y

la bondad. La dura lección que había recibido le movió á reflexionar hondamente sobre su insoportable naturaleza.

—Es preciso que me venza y domeñe, se decía. Yo he de hallar solución á mis dudas y tormentos.

Convencido el príncipe *Instinto* de que viajando se aprende muchísimo, dió en recorrer los mundos habitados en busca del olvidado manantial de la Sabiduría.

* * *

Paseaba el príncipe una tarde á la orilla de un río. Dos ancianos, marido y mujer, abrazaban en la ribera á su hija y la besaban con desesperado frenesí. La joven era bella y radiante, y no tardó en seducir los ojos impresionables del príncipe.



Por fin penetró en la cerca é introdujo las ocho cabezas en las ocho tinas

—¿Qué os aflige?, preguntó el *Instinto* á los viejos, disimulando vivas y entusiastas miradas dirigidas á la tierna beldad.

—Señor, contestáronle los viejos con voz entrecortada por los sollozos, teníamos doce hijas, bellas á cual más, jóvenes y risueñas, pero hace doce años vino á morar en el pantano que hay junto á nuestra choza una serpiente de ocho cabezas. La infame y enorme serpiente nos exige una hija cada año. Presto se acercará el terrible monstruo y nos exigirá nuestra última hija, que es, señor, la que veis. ¿No podríais socorrernos en tan duro trance?

rices, percibir inmediatamente el grato olorillo del vino. Deslizábase rápidamente hacia los depósitos del precioso licor. Por fin penetró en la cerca é introdujo las ocho cabezas en las ocho tinas.

¿Querréis creer que la serpiente agotó el vino de las tinas? Embriagóse por completo, y sus cabezas quedaron inmóviles, con las miradas extrañamente fijas.

El *Instinto* no por ello se atemorizó. Saliendo de su escondite desenvainó la espada y cortó las ocho cabezas. Apenas hubo caído la octava, la interesante joven corrió hacia el príncipe. El cual la recibió alegre y complacido.

Los viejos lloraban de gozo y bailaban danzas antiguas del Japón.

El príncipe quiso partir en varios pedazos el cuerpo de la serpiente, pero su espada chocaba con un cuerpo duro. Resolvió abrir la serpiente y encontró en ella un magnífico cetro de oro y pedrerías, y comprendió que desde aquel día podría reinar satisfecho en su elemento.

El *Instinto* se casó con la hermosa joven y se fué á vivir con su mujer á un suntuoso palacio construido en el fondo del mar.

Parece que el matrimonio le ha hecho sentar la cabeza definitivamente.

* * *

¿Preguntáis por el mago? Por ahora no ha vuelto, y si queréis que os diga mi parecer, ha dado con ello una prueba de buen gusto.

Anda por el Japón una carta suya que los críticos juzgan apócrifa.

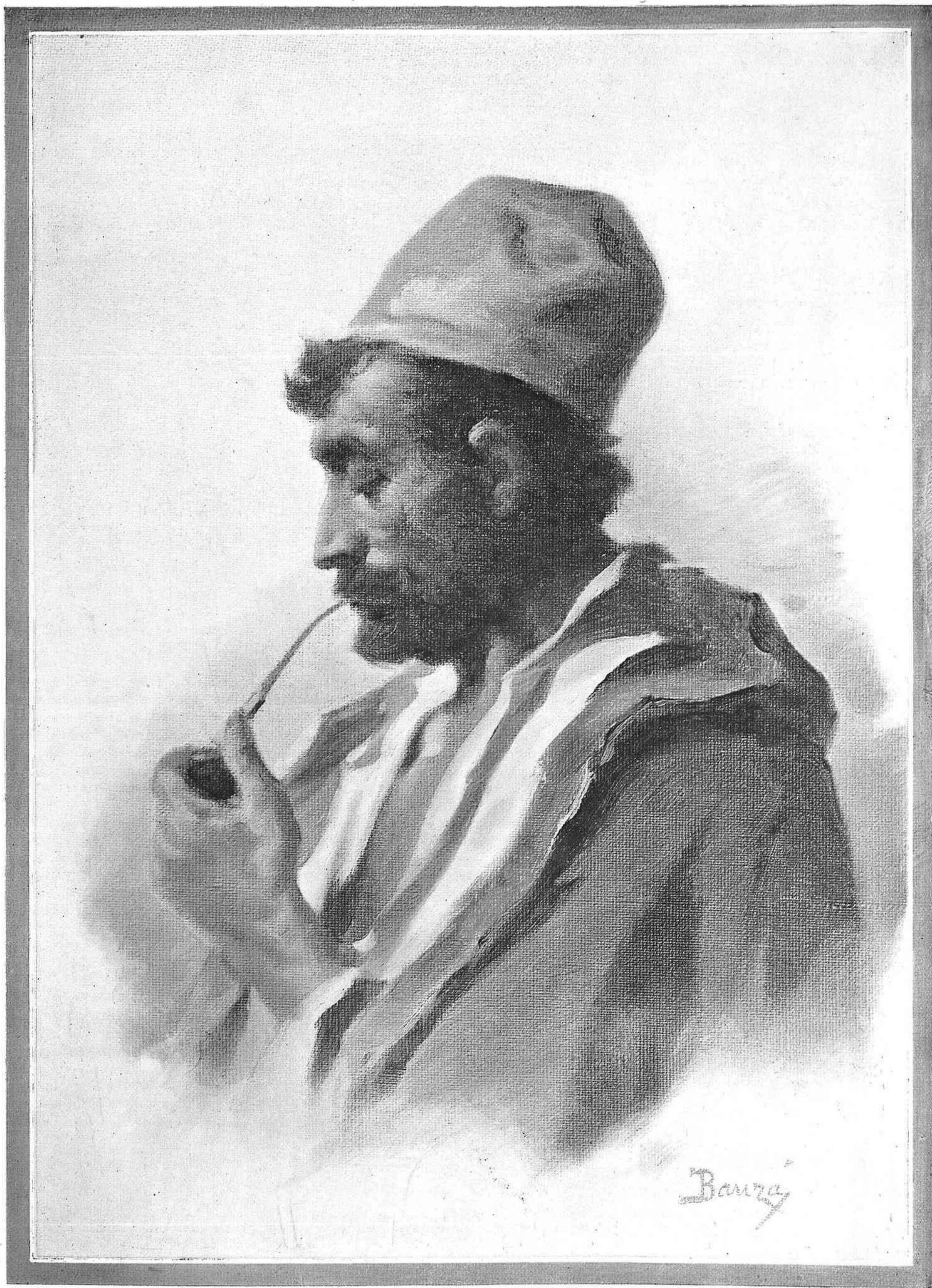
«Hijo *Entendimiento*—dice la carta,—pocas recomendaciones tengo que hacerte. Eres reflexivo y pueril como un anciano.

»Hija *Voluntad*, procura arrebatar siempre con tu belleza y tus donaires, y todo lo creado será tuyo.

»Querido *Instinto*, sufre un poco y sosiégate un mucho. Mata animales feroces y cástate.»

El *Instinto*, que en el fondo era bueno, respondió:

—¡Sin duda! ¡Vais á ver si es común el esfuerzo



ESTUDIO AL ÓLEO, de J. Bauzá



EN EL CORO pastel de A. Mas y Fondevila



EL JESÚS DE LA PUERTA DE BELÉN

(ARTÍCULO PÓSTUMO DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER)

Las flores son las amigas más íntimas de los pájaros, y los pájaros parece que se encuentran más á gusto entre sus amigas y compañeras las flores. Unas y otros son los hijos predilectos de la primavera y aparecen al mismo tiempo. Diríase que los botones esperan el canto de los pájaros para entreabrirse y florecer, ó bien que los pájaros en el jardín esperan la aparición de las primeras flores para entonarles sus primeros cantos. No parece sino que se busquen unos á otras y que se inviten afectuosamente á la soledad para que nadie les turbe el placer de su agradable compañía. ¿Y qué auditorio más propio y halagüeño para estos rústicos cantores que el de aquellas sencillas campesinas? Y, por otra parte, ¿á quién ellas, hecha excepción de Dios, pueden mostrar mejor sus galas y sus primores?

En los jardines á que vayáis, en cuantos bosques entréis, en todas las hondonadas de la montaña á que subáis, siempre encontraréis estas hermosuras al pie de esos trovadores, y como en las cuatro partes del mundo, en la Rambla de Barcelona se encuentran ellos á vista de ellas. Allí mismo en donde termina la Rambla de las Flores comienza la de los Pájaros, como para hacer que suban juntos al cielo sus cantos y sus perfumes.

Mas el poético encaje de esas dos ramas del árbol de la belleza, ¿sabéis quién lo preside? Pues lo preside una hermosura más alta, una belleza de orden superior, yema y cumbre divina de todas las bellezas: el Niño Jesús de Belén.

Mirad qué hermoso: parece querer salir de su ancho y grandioso marco de piedra para mostrar á la multitud paseante la Cruz que amorosamente estrecha como única y verdadera joya que encontró en el mundo, cuyo globo huella con gracia indescriptible. A sus pies tiene una cabecita de serafín; debajo, en el mismo dintel de la puerta, la leyenda: *In nomine Jesu omne genu flectatur*, y alrededor del cuadro tres grandes corazones que aún flamean, y que flamearán eternamente, de amor por nosotros, miserables pecadores; los corazones más grandes y más puros de la humanidad: los de Jesús, José y María.

Pues la Rambla de los Pájaros se cierra precisamente á los pies de aquella graciosa y venerable Imagen, en donde nace y se prolonga hacia Mediodía la Rambla de las Flores. Si los pájaros y las flores tuviesen pizca de juicio, mostraríanse satisfechos de tan buen principio y de fin tan inmejorable. Mas tan sin tino é ignorantes como ellos viven los hombres, pocos de los cuales, al pasar por allí en torrente perenne é impetuoso, reparan en el Niño Jesús que les mira, asomándose á su ventana de Belén.

¡Pena me da el decirlo! Los pájaros que aletean dentro de su jaula y las flores que se deshojan en sus macetas tienen más miradores que la sagrada efigie del que á todos ha creado: á ellos para vivir ó bien para cantar un momento, y á nosotros para vivir y cantar sus alabanzas eternamente.

A sus mismos pies, que es precisamente el centro de Barcelona, cada mañana se dan cita el pueblo de las flores y el pueblo de los pájaros, alineándose Rambla arriba y Rambla abajo como para formar parada ante su Dios y Señor.

Allí comparecen pájaros de toda especie: los de América, desde el guacamayo de traje violado y de aspecto de cascariuelas, hasta los frioleros picos de coral que en invierno se ponen en buena armonía, unos junto á otros como los dedos de la mano, para

resistir la frialdad de nuestro clima; desde la lengua-raz cotorra hasta el sinsonte de voz de ruiseñor.

No faltan los pájaros habitadores de nuestros bosques; pero los que más abundan son los que dan más lástima, los cantores: el pinzón pitoflero y volteador, el mirlo sibilante, la perdiz que cuchichía, el herreruelo martillador, el canario de Vich que gorjea como ninguno, y el pardillo que se descolora á medida que descende del Pirineo, pero que no olvida las tonadas y los aires de folias allí aprendidos.

Con los pájaros de buena voz se mezclan á veces los de hermoso plumaje, como los beneficiados y canónigos con los sochantres y contraltos en el coro de la Catedral. Se ve allí el pájaro moscón, al que llaman en el Rosellón «mediero» por parecerse á una barretina pequeña, ó mejor, á una media mal tejida; el mirlo azul, el grajo verde; el más violáceo de los herreruelos, conocido en algún sitio por «obispillo»; el canario montañés, la oropéndola dorada y el abejaruco, que, excepción hecha del martín pescador, son los pájaros más emperejilados y hermosos de nuestra tierra. Allí sácanse á plaza la garza cuidadosa y avara, al pie del cuclillo que pone su huevo, pues no suele ser más que uno, en el nido de otro pájaro; el mochuelo, al que por su aspecto pensativo llaman en el campo de Tarragona «filósofo», se ve á veces al pie del pavo real vanidoso y enamorado de sí mismo; la paloma torcaz arrulladora, cercana al alcaudón que cueлга los escorpiones en los naranjos, y la mística tórtola al pie de la abubilla que por su hermoso penacho, sus plumas violáceas y su traje deslumbrador y por el husmo de las inmundicias de que vive es imagen perfecta de las mujeres de mala vida.

A menudo se venden allí los pájaros recién salidos del nido, cuando no con el nido mismo, crueldad que me espeluzna: por unos cuantos céntimos se vende al pobre ruiseñor en pago de cantar en nuestros jardines y bosques la canción más hermosa que han oído los hombres desde el Paraíso.

¡Pobres pajarillos! Al lado de su cárcel, más ó menos bonita y dorada exteriormente, en donde clavos viven y mueren, ven vender, sin que les sea dable protestar, otras cárceles para sus hermanos y quizá para sus mismos hijos que permanecen aún libres en su bosque nativo, y hasta los lazos, telas y arañas para cazarlos, y los bolsones para llevarlos prisioneros. ¡Pobres pajarillos! Si pudiesen hablar, ¡cómo protestarían de la libertad que se goza en la tierra!

Madrugadoras como los pájaros, y más peripuestas todavía, se alinean Rambla abajo sus amigas las flores. La mayoría salen de debajo de las artísticas mesas en que han de ser expuestas; otras, de las vecinas tiendas en donde pasaron la noche, pagando el alquiler con el buen olor que trasciende á la calle; otras vienen en carretones y coches de jardinero, entre plantas de hojas siempre verdes de que están atestados. Cada florista llega con su ancha cesta colmada de ramos ya tejidos y acabados, ó bien de flores recién cogidas que recostadas esperan la mano que las ordene, las desfollore y después las coloque en los vasos de hojalata ó en los grandes floreros del mostrador. Cuando á mediados de junio florecen las azucenas, las floristas las transportan en grandes cestas circulares que colocadas sobre sus cabezas tienen la forma de anchas coronas con flores de lirio por florones.

Las flores cogidas, los ramos y los ramilletes para la venta lucen y fachendean encima de las mesas; pero las plantas que van á la feria con raíz y todo, como si dijésemos con las alpargatas terrosas, se forman y colocan en ala tierra allende, cada una en su grumo de barro todavía húmedo, en su cajoncito de madera ó en su jarro lleno de tierra, como si hubiesen arrastrado con las manos de su raigambre un pedazo de su jardín. Hay allí vasijas de todos tamaños y formas, desde la maceta antigua que procede de los claveles de las masías, hasta la de invernáculo, pequeña como un cascarón de nuez y redonda como un dedal de la amiga. Éstas son la humilde cuna de una brizna de menta ó mejorana ó de una de esas mil plantas de extraña nomenclatura que los verjeles del Norte envían á los del Mediodía para esquivar la desnudez del invierno. Aquéllas son la maceta de un margallón, pariente degenerado de la palmera, de un rosal florido apoyado en un olmo de cuatro palmas, de un laurel ó de un cedro.

En la plenitud del mes de mayo algunos de aquellos puestos son verdaderas cascadas de flores y torrentes de verdor que parecen manar y verterse en el corazón de Barcelona. Al pasar distraído por entre las dos hileras de plátanos que se abrazan allá arriba, á la altura de los terrados de las casas, cerrándose en tupida bóveda gótica, me he hecho la ilusión de verme súbitamente dentro de un templo inmenso construído con ramadas de follaje, que á ambos lados tiene sendas filas de altares labrados de rubies, de zafiros, de esmeraldas, de topacios y de toda clase de piedras finas.

Mas las flores, como sus hermanas las ilusiones, pasan de prisa, y de ramo en ramo, de ramillete en ramillete, desaparecen como por arte de encantamiento antes del mediodía, hora en que también han tomado el vuelo casi todos los pájaros.

Desde un balcón vecino he visto centenares de veces llegar y formarse á primera hora del día esos dos pacíficos ejércitos á las plantas del Jesús de la puerta de Belén, como para pedirle la bendición, deseoso de que lloviese también sobre mí una gota de ella. Centenares de veces le contemplé, enamorado de su gentil figura y embelesado ante aquella nota mística de otro tiempo, escrita en una página barroca y perdida entre el barullo de la Rambla como una perla en un arenal.

La imagen estrecha una cruz entre sus brazos y parece ofrecerla afectuosamente á los transeuntes, que desconociéndola como la desconoce todo el mundo, no demuestran deseos de recibirla. También parecía ofrecérmela á mí de un modo especial, y yo, desconociéndola como los demás, tampoco me apresuraba á tenderle los brazos. Al separarme de su vista hace nueve años, me acompañaba siempre el recuerdo de aquella imagen y de su pétrea cruz, símbolo de la que para mí había labrado expresamente con sus propias manos la Providencia. Aquella cruz pesa sobre mí como nunca y me hizo doblegar las espaldas algún tiempo, y el divino Infante no me lo eche en cara, antes bien me perdone si no he sabido llevarla tan bien como debía. Mas ahora veo claramente que detrás de ella tenía preparada y á punto la medicina de mis males, pues no en vano la palabra Belén quiere decir «casa de pan,» en donde se amasa cada día el alimento de mi alma.

(Traducción de VIADA Y LLUCH.)

LA LOCA DE

LA PLAYA

POEMA EN PROSA

LA PARTIDA.—Los rojos resplandores de la aurora tiñen el horizonte con fulgor de hoguera y rasgan la neblina que adormecida flota sobre el mar. Las sombras de la noche huyen despavoridas apagando la luz de las pocas estrellas que débiles titilaban aún. Sobre las peñas las gaviotas graznan hambrientas; van, vienen, bajan, suben, giran, caen, bucean, surgen otra vez, alzan el vuelo y con sus alas azotan el espacio que ni una nube empaña. Fresca y suave sopla la brisa. Y las olas marchan en blando movimiento una tras otra con rítmico compás, á besar las algas de las rocas y á deshacerse en rizos en la arena.

Todo es contento y júbilo y alegría. Retozan chapoteando en el agua los chiquillos desnudos. Brillan codiciosos los ojos de los viejos presagiando la abundante pesca. Ultiman los hombres los postreros detalles. Las barcas cabecean...

Y cuando el sol recorta en el horizonte su disco rojo, sueltas ya las amarras, zarpan ligeras en alegre bandada.

De pie en el muelle, las mujeres miran satisfechas cómo parten las barcas pescadoras.

LA TORMENTA.—Las verdes olas con furor se encrespan y rugiendo se estrellan contra el acantilado; saltan deshechas en montañas de espuma, caen sobre el muelle, barren las calles como torrente desbordado. El viento silba en las oquedades de las rocas; azota mástiles y arboladuras, sacude despiadado los pobres barquichuelos.

La nube avanza; oculta el sol y borra el horizonte; un relámpago deslumbrador rasga la sombra, retumba un trueno, la nube abre sus entrañas y descarga sobre las olas nutrido chaparrón.

Las mujeres corren desoladas al muelle. Tras ellas van los viejos con paso vacilante. Los chiquillos lloran.

Y despreciando todos el vendabal que los sacude, la lluvia que los baña, las olas que á sus pies rugen enfurecidas, clavan en las tinieblas la mirada ansiosa.

—¿Qué será de las barcas pescadoras?

EL REGRESO.—Un grito salvaje de alegría, agudo y vibrante, un grito de mujer, rompe el silencio. Una mano se extiende con ademán trágico.

—¡Allí..., allí!.

Todos miran. Lejos, muy lejos, en el confín borroso del horizonte, en la línea confusa que separa las nubes negras de las negras olas, las barcas aparecen. Son ellas... Sí, ellas son, ellas son.

Vienen despacio, la vela arriada. A esfuerzo de brazo y empuje de remo, tratan en vano de salvar la barra.

—Dos..., cuatro..., cinco—gritan las mujeres á medida que las barcas embocan la bahía,—seis..., siete...

Una falta no más, una tan sólo. Y esa... ¡vedla también! Allí aparece. Lucha desesperada cual brava gaviota que quiere pronto regresar al nido. Sus remos se hunden furiosos en el agua. Desde el muelle se oye el grito vibrante del patrón.

—¡Avant!..., ¡avant!

Heroica y obediente, la barca avanza..., avanza. Su quilla hiende las espumosas crestas, sube á las nubes y se hunde en el abismo. Dominando los rugidos de la tormenta el grito enérgico del patrón vibra sonoro:

—¡Avant!..., ¡avant!

Ya llegan á la barra..., ya llegan.

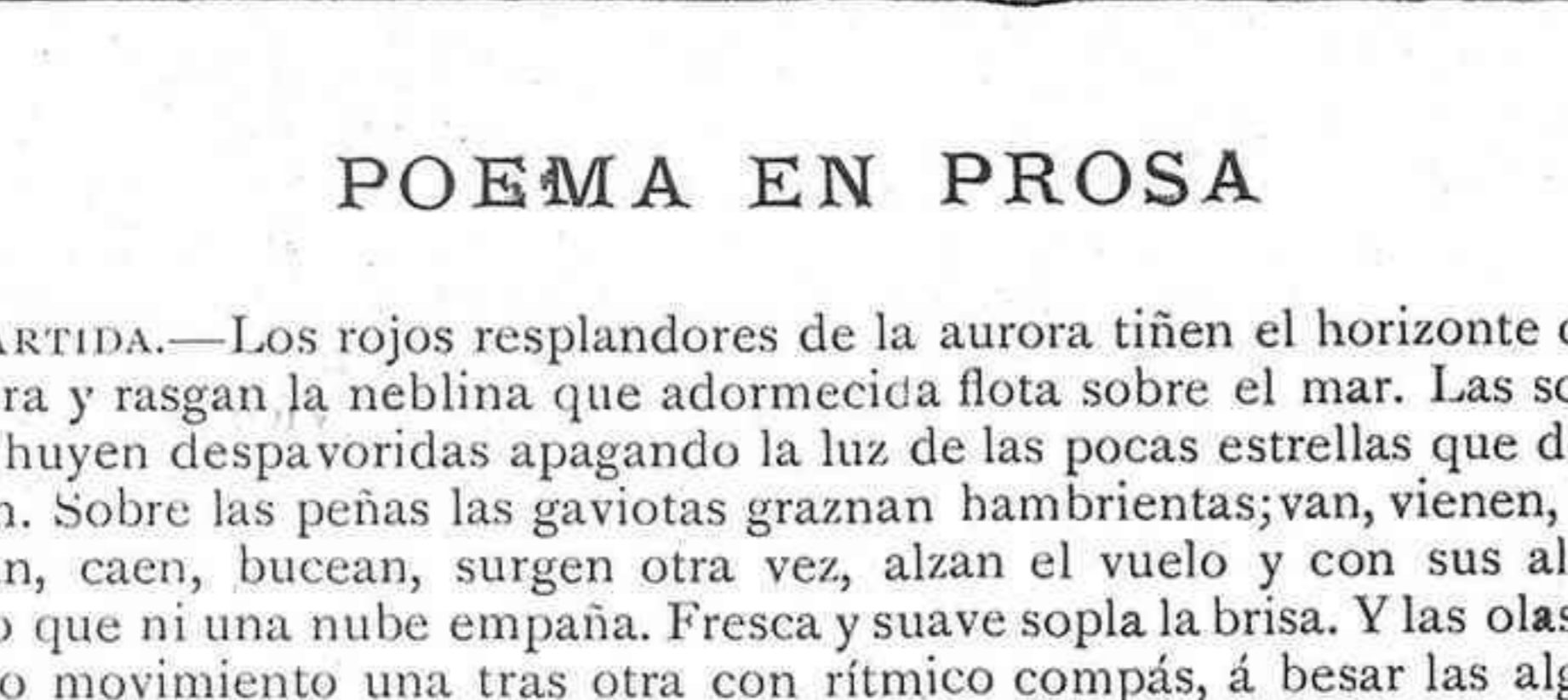
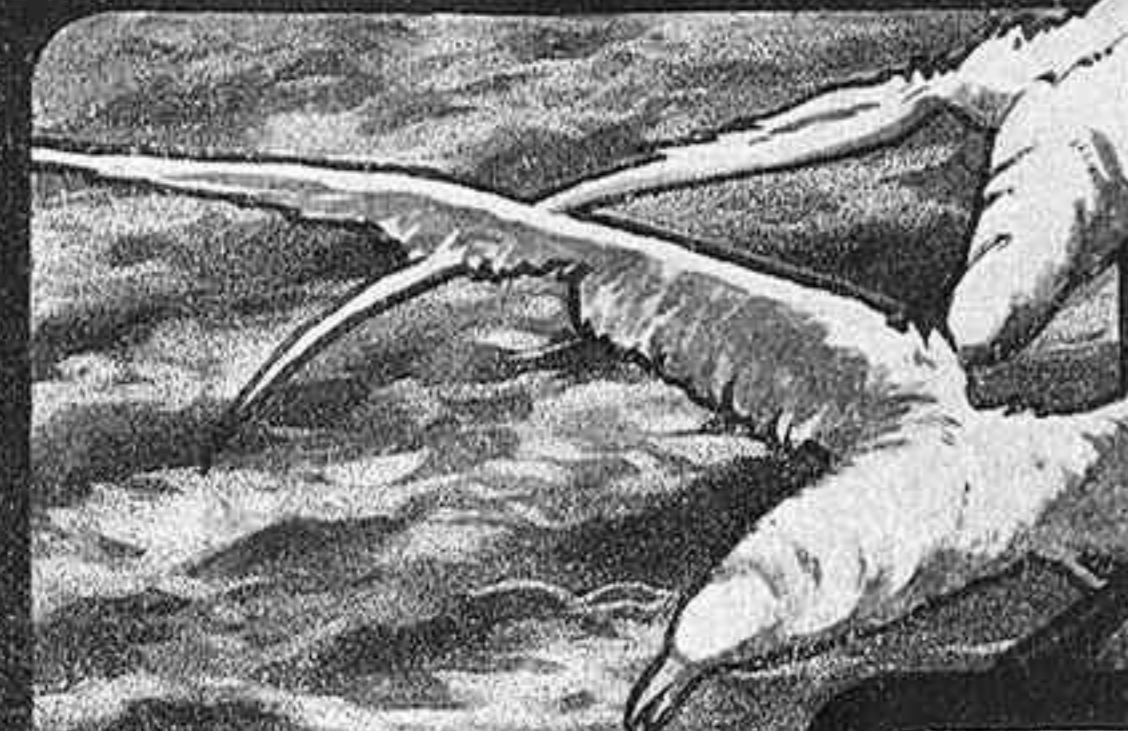
De pronto una ola enorme coge á la barca de costado y la barca desaparece.

Un grito horrible de horror, un alarido unánime de angustia brota de todos los pechos. Los viejos tiemblan. Los hombres juran. Lloran los chicos. Las mujeres caen de rodillas rezando por la barca pescadora.

EL CREPÚSCULO.—Todos los días al morir la tarde, todas las tardes cuando el sol se hunde tras la mancha confusa de la costa, una mujer cruza el muelle, atraviesa la playa, corre á lo largo del acantilado y se sienta en una roca, lejos, muy lejos. De negro va vestida. A sus pies las olas se deshacen en nevados copos. La brisa juega con los rizos de su cabellera despeinada... Las gaviotas graznan hambrientas; van, vienen, bajan, suben, giran, caen, bucean, surgen otra vez, alzan el vuelo y con sus alas azotan el espacio.

Ella sentada en lo alto de la peña como en un trono, la mirada fija en el borroso horizonte, mira impasible cómo vuelven las barcas pescadoras.

PEDRO MATA.





Á LA ROMERÍA DE TORRIJO (Sevilla), pintura al óleo de J. García y Ramos



CIGARRERAS SEVILLANAS, pintura al óleo de J. García y Ramos



Anoche ÉL me colocó su anillo en el dedo

LA SORTIJA

—¿Y tú?, dijo Laura á Elena luego que hubo referido su deliciosa novela de amor. ¿No has amado nunca?

—¿Yo?, replicó la preciosa muchacha haciendo un mohín de desdén soberano. No, ni pensarlo: es más; estoy segura de que no amaré nunca.

—¡Bah! No sabes lo que dices; ya se encargará alguien de hacerte cambiar de parecer. Y ¿quieres que te diga una cosa?, agregó Laura riendo. Te pronostico que será pronto.

—¿Y por qué esa profecía?

—Muy sencillo, porque ya veo en tus ojos ese resplandor desconocido que según dicen se enciende en ellos á la aproximación del amor; es como una aurora que anunciara el día...

—¿De veras?, dijo vivamente Elena. ¿Ves tú también algo en mis ojos?

—¡Cómo! ¿Ya te habían hablado de eso?

—Sí, dicen que mis ojos brillan desde algún tiempo con una luz extraña. Sin embargo, yo no veo en ellos nada, nada nuevo...

Al decir esto Elena se había asomado á un espejo, y abriendo mucho sus hermosos ojos de un azul obscuro semejante al del zafiro, sonreía á su imagen que se reflejaba allí espléndida de belleza y como rodeada de un nimbo de luz.

Pero de pronto retrocedió lanzando un grito.

—¿Qué te pasa?, exclamó su amiga corriendo hacia ella asustada.

—No, no es nada, respondió Elena con temblorosa voz.

Y por más que Laura empeñóse en conocer la causa de aquella emoción, Elena permaneció silenciosa, y en el fondo de sus pupilas, agrandadas desmesuradamente como por el terror y la sorpresa, sólo pudo notarse algo así como la persecución de un enigma ó el comienzo misterioso de un ensueño.

* * *

«La estatua» había llamado á Elena un primo suyo que, enamorado locamente de ella, y desdeñado como todos, había muerto de pesar y de tristeza; y ese nombre seguía dándole la infinidad de admiradores y de enamorados que en sinnúmero de ocasiones habían quemado en vano á sus plantas el incienso de la adoración.

Había verdaderamente en ella la corrección de líneas de una estatua griega, y la frialdad, la dureza y la blancura del mármol; la palidez suavísima del semblante, al que el oro del cabello formaba regia corona, y la pureza inmaculada de sus ojos y de su frente, hacíanla también comparable á una rosa de nieve

ó á una azucena sobre la que se hubiese posado un rayo de sol.

Era una criatura extraña aquella Elena; indiferente é insensible á todo, pasaba en medio de sus muchos adoradores, altiva y misteriosa como si fuese una princesa de leyenda.

—¡No, es demasiado perfecta para ser de este mundo!, decían los que se extasiaban ante su soberbia belleza de diosa.

—¡No, no es de este mundo!, suspiraba su madre al verla horas enteras sumida en ignoradas cavilaciones, con las manos cruzadas sobre las rodillas y la mirada obstinadamente fija en sus dedos blancos y transparentes.

Las meditaciones de Elena databan desde la muerte de aquel primo que tanto la había amado.

—No siento morir, la dijo él un día ya casi moribundo: yo sé que el Amor es más poderoso que la Muerte, y que el mío sobrevivirá á ella... En vida te he querido mucho, ¡mucho!, y en muerte, añadió fijando sus ojos en los de Elena como si quisiera llevarse el esplendor de ellos á la tumba, en muerte prometo estar constantemente á tu lado.

Elena creyó que deliraba; él quitóse luego del dedo anular una sortija de rubíes que siempre había usado, y púsola en el de ella.

—No como prenda de amor ya, dijo sonriendo tristemente, sino como la ofrenda de un moribundo; prométeme que no te separarás nunca de ella, Elena.

Ella no quiso amargar sus últimos instantes, é hizo la promesa deseada; pero después de muerto el joven, no queriendo tener siempre ante sus ojos aquella prenda que debería recordarle con remordimiento al que sucumbiera por ella, volvió á colocar la sortija en el mismo dedo en que siempre había estado.

Y Elena tuvo desde entonces sueños extraños en que su primo se le aparecía reconviniéndola porque no había guardado su promesa.

—Yo no faltaré á la mía, decía; prometí estar siempre junto á ti, y ya ves cómo lo cumplo.

Aquellos sueños fueron convirtiéndose poco á poco en horribles pesadillas, en las cuales el muerto quería apoderarse de la mano de Elena para colocar la sortija, y ella luchaba y se resistía con todas sus fuerzas. Despertábase cansada y sudorosa; con los ojos dilatados por el espanto y con la obsesión perenne del sueño, pasaba muchas horas en la actitud

que alarmaba á su madre, cruzadas las manos sobre las rodillas, pensativa é inmóvil, sin poder desviar su mirada de aquellos dedos en los cuales creía sentir la presión de la sortija fatal.

* * *

Todo esto lo confió, por fin, Elena á su amiga Laura en un momento de desesperación profunda.

—¡Me persigue, su imagen me persigue!, exclamaba llorando; de noche la veo en sueños, y de día, ¡ah! de día...

—Todo eso no son más que alucinaciones, replicaba Laura estremecida á pesar suyo. ¿Vas á hacer tú ahora caso de sueños?

—¡Ah! ¡Si no fueran más que sueños!, respondió Elena en voz baja y medrosa. Pero no es de ellos de quien tengo yo miedo; es de mí, de mí misma... No te lo he dicho todo aún, Laura. ¿Recuerdas tú el día en que al asomarme á un espejo lancé un grito? Pues fué porque en aquel momento lo vi á él por vez primera en el fondo de mis ojos...

—¿A él? ¿Qué quieres decir?

—Sí, á él, á mi primo; lo vi tan claro como te veo á ti ahora; era como si él se estuviera mirando también en un espejo... Estaba pálido y triste como la enfermedad lo puso. Después, siguió diciendo Elena, lo he visto muchas, muchas veces, porque hay una fuerza superior á mi voluntad que me impulsa á estarme asomando de continuo al espejo. Los demás no lo ven; he hecho la prueba y sólo notan en mis ojos una luz que antes no tenían; pero es él Laura, él que está siempre reflejándose en ellos, invisible para todos menos para mí...

—No, no hagas caso; repitió Laura, debes distraerte y olvidar eso.

Pero su voz era trémula, y por vez primera desvió sus ojos de los de su amiga, como si temiese distinguir en ellos una cara muy triste y muy pálida.

* * *

—¡Se acabó todo!, dijo Elena á Laura, pocos días después de aquella escena. ¡Ya es inútil luchar más!

Anoche él me colocó su anillo en el dedo. ¡Aquí está!, añadió extendiendo su mano en la cual Laura no vio sortija alguna. Me quema la piel como una brasa de fuego, y los rubíes brillan como gotas de sangre fresca... Soy su novia, Laura; él mismo me lo ha dicho. ¡Qué horror! ¡La novia de un muerto!

Laura empezó á temer que su amiga hubiese perdido la razón.

—¿Todavía esas locuras?, dijo; tú estás enferma, Elena; debes de tener fiebre, porque tus ojos brillan.

—¡Es él que está ahí adentro!, afirmó Elena.

—Cállate y ven conmigo al gabinete de mi hermano; es preciso que él te vea. Ya sabes que empieza á ser un médico notable.

Elena dejóse conducir dócilmente: el joven doctor había sido y era todavía uno de sus más apasionados pretendientes; y un poco alarmado al principio, interrogóla y auscultóla detenidamente.

—Yó no sé de dónde ha sacado mi hermana que usted pueda estar enferma, exclamó luego ya tranquilo por completo; cuando usted no puede disfrutar de mejor salud. El cerebro marcha perfectamente; y en cuanto al corazón, prosiguió, disimulando su emoción con una sonrisa, ese sólo necesita que un poco de amor vaya á infiltrarle vida nueva...

—¡Es muy raro lo que me cuentas!, dijo luego á su hermana cuando, ya solos los dos, ella le hubo contado la extraña manía de Elena. Sin embargo, no hay en ella síntoma alguno de desequilibrio mental,

sólo una pequeña excitación nerviosa que pasará pronto.

Pero transcurrían los días y Elena no abandonaba su idea fija; tenía momentos de verdadera tortura moral y física, durante los cuales, apoyando la cabeza sobre el hombro de su amiga, sollozaba con lamentos de niño enfermo.

—¡Esto es espantoso, decía, y yo creo que voy á enloquecer! Siento su sortija que me estruja el dedo, y veo en mis ojos, cada vez más clara y distinta, su cara grave y pálida. ¡Ay Dios mío! ¡Quisiera volverme ciega para no verla nunca más!..

Laura aparentaba tomar todo aquello por una alucinación persistente, pero estaba seriamente alarmada.

Era imposible no advertir el cambio efectuado en Elena: lánguida y débil, no era ya ni sombra de sí misma. La blancura de su rostro se había vuelto transparente, y sólo los ojos, semejantes á dos zafiros, resplandecían más que nunca en aquel semblante adelgazado. No, no era ya *la estatua*, sino una pobre azucena marchita que comenzaba á inclinarse sobre su tallo.

Llegó un día en que, falta ya de fuerzas, no pudo abandonar más el lecho. Laura iba á verla diariamente y su hermano la acompañaba, interesado, como enamorado y como médico, en seguir el curso de aquella misteriosa dolencia.

—¡Era demasiado divina para la tierra!, decía él con un suspiro, perdida ya toda esperanza.

—No, no es de este mundo, sollozaba la madre viendo siempre los ojos de la enferma fijos sobre sus manos cruzadas sobre el edredón del lecho.

Una mañana, Elena despertó de un larguísimo sueño, sonriente y fresca de nuevo como una flor; parecía muy contenta y quiso que llenaran de rosas su habitación y su lecho.

Cuando Laura y su hermano llegaron, la vieron acariciando los pétalos de aquellas flores.

—Hoy son mis bodas, les dijo con la divina sonrisa de sus días felices, y he querido celebrarlas.

Después no habló más; sus miembros fueron poniéndose rígidos y elevó los ojos al cielo, para no fijarlos ya más en la tierra.

—Ha empezado la agonía, murmuró el médico al oído de su hermana.

Ella se alejó sollozando; mas pocos instantes después acercóse de nuevo al lecho, y un estremecimiento de horror la invadió toda.

Elena tenía las manos extendidas á lo largo del cuerpo, y en uno de sus dedos vió Laura un anillo de rubíes que no había estado allí antes; inclinóse, medio desfallecida, sobre aquellos ojos en cuyas pupilas se iba apagando gradualmente toda la luz que las animara, y en el fondo de ellas vió distintamente una cara de hombre; pero no ya el semblante grave y triste que Elena describiera, sino una cara sonriente, iluminada por una expresión de supremo triunfo...

FLOR DALIZA.

Ponce (Puerto Rico)





FLOR CAMPESTRE, pastel de A. Mas y Fondevila



EN LA VEGA DE GRANADA, estudio al óleo de T. Muñoz Lucena

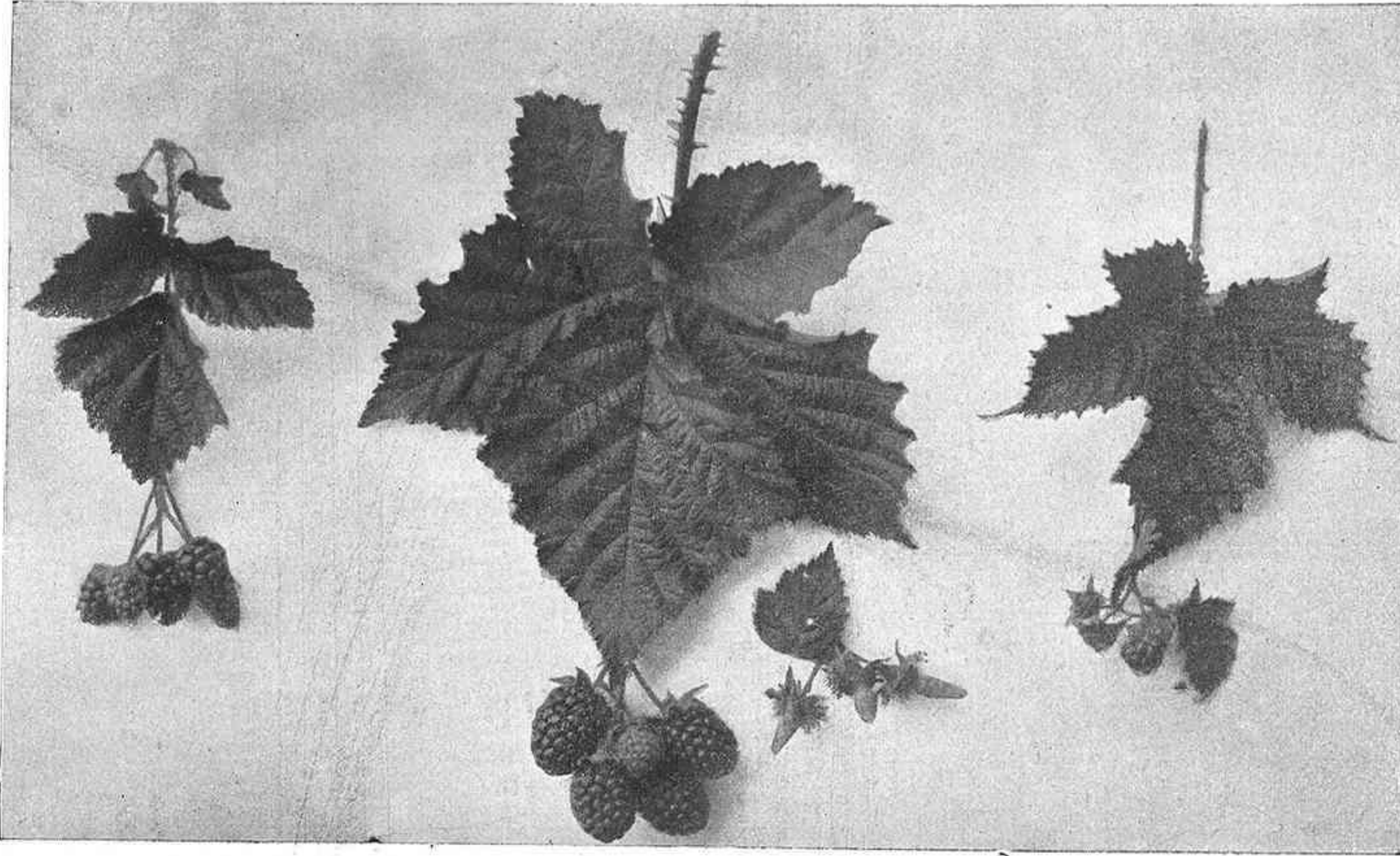
Un creador de nuevas plantas y frutas, por Hauldo J. Shepstone

Todos habremos de convenir en que el producir una flor ó una fruta nueva, de valor y cualidades distintivas, demuestra más habilidad en la horticul-

nos siglos hubiera hecho considerar como un ser sobrenatural al que la hubiese efectuado; pero en este artículo, únicamente trataremos de los trabajos de

provisto de instrumentos. Ni en las paredes del salón de recibo, ni en las del comedor, se ostentan cuadros con diplomas ó medallas. Mr. Burbank no tiene ninguno que mostrar.

Nació en Lancaster, Massachusets, Estados Unidos, hace cincuenta y seis años, siendo el décimotercero de quince hijos que tuvo su padre en tres matrimonios. Muy joven entró en una gran fábrica en la que tenía parte un tío suyo. A los diez y seis años concibió y puso en práctica una mejora en la maquinaria de la misma, que resultó tan buena, que los dueños le ofrecieron aumentarle el jornal veinticinco veces, si quería quedarse y dejar á favor de la Compañía el producto de su trabajo como inventor. Prefirió, sin embargo, dedicarse al comercio de plantas y semillas, consiguiendo el capital para ello necesario con la venta de una clase de patata que había producido. Al mismo tiempo que se dedicaba á su negocio, hacía también á la producción de nuevas variedades, obteniendo un éxito extraordinario. En muy poco tiempo, su comercio y sus viveros le proporcionaron un ingreso de 4.000 libras esterlinas anuales; pero aquél le absorbía tanto tiempo, que se vió en el caso de tener que elegir entre seguir en él ó dedicarse á sus experimentos, que cada día se le hacían más queridos, á medida que iba comprendiendo lo que de ellos podía obtenerse. La elección era de suma importancia para su porvenir, pero no vaciló; vendió sus viveros y emigró, hace veintisiete años, á Santa Rosa, en California. Sus producciones no se cultivan hoy únicamente en su finca, sino en todo el mundo. Flores, bulbos y frutas, originarios de su hacienda, se cultivan en Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica y Alemania. Una pequeña estaca de injertar, poco mayor que un lápiz, se ha comprado en más de 20 libras, y una sola planta de una nueva variedad de rosa, le ha valido 160 li-



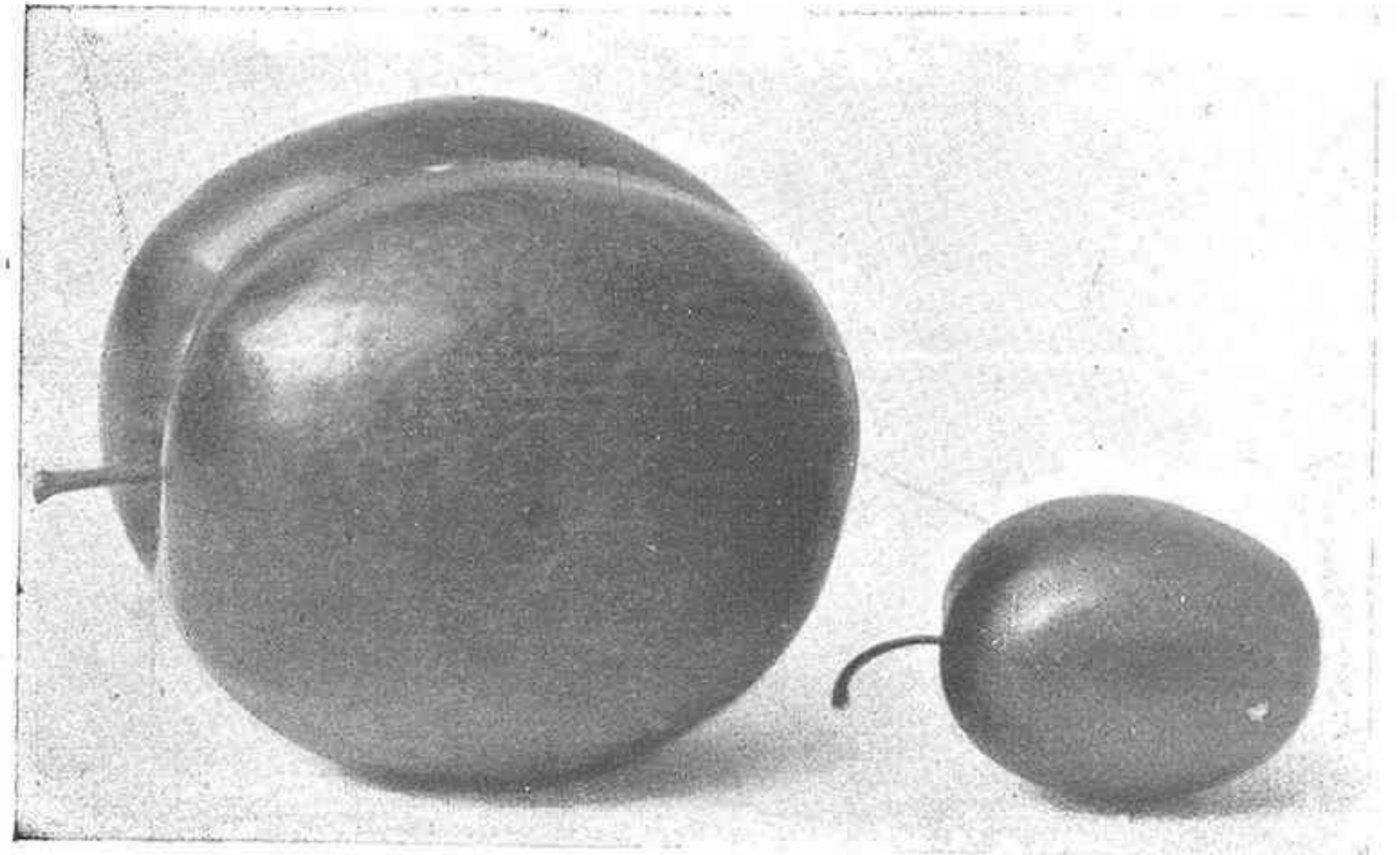
La nueva fruta «Primus.» La que se ve á la izquierda es la mora de California; á la derecha, la frambuesa de Siberia en el centro, la nueva, obtenida cruzando las otras dos

tura, que multiplicar simplemente las ya conocidas. En este particular, no hay quien aventaje á Mr. Lutero Burbank, que ha producido más variedades de flores y de frutas que ningún otro cultivador. Es, sin disputa alguna, el experimentador que ha alcanzado más triunfos en toda la historia de la horticul-

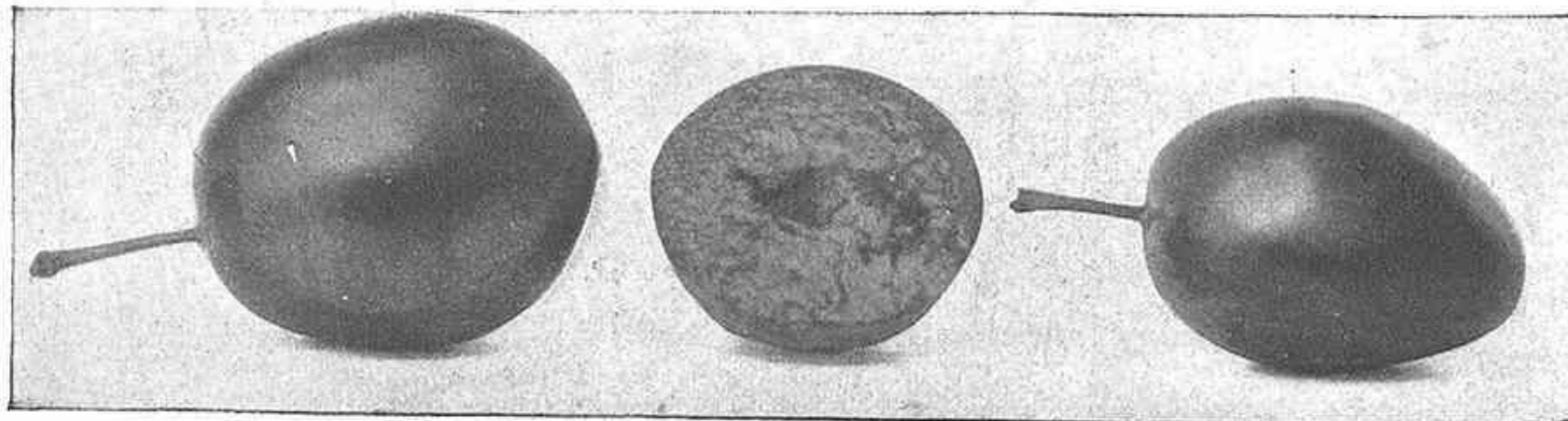
tura. Realmente parecen casi increíbles algunas de las cosas que Mr. Burbank ha llevado á cabo. Ha producido muchas especies nuevas de manzanas, melocotones, ciruelas y nueces, mayores, más dulces y delicadas que las de especies naturales, quitándoles algunas de sus desagradables cualidades, y muchas variedades más resistentes de frutas, que soportan las heladas y los calores intensos y que crecen y fructifican en países donde antes no se daban sus antecesoras. Haciendo que se adelante ó retrase la madurez, ha logrado aumentar, en tres ó cuatro meses, la época de la fruta. Ha cultivado árboles frutales, cuyos productos conservan sus buenas propiedades durante mucho tiempo y pueden embarcarse para largas travesías, sin perder nada de su fino sabor, de la

Mr. Burbank, ó, por lo menos, de los más importantes, pues son demasiado numerosos para poder reseñarlos todos.

La propiedad de Mr. Burbank está situada en Santa Rosa, California del Sur, y es, sin duda, una de las más notables del mundo en su género. Allí vive en una casita con su madre, y lo que más llama la atención, es la sencillez que todo respira en ella. En los campos de flores, ó en las estufas, se ven algunas plantas y frutales que valen cientos de libras esterlinas, por ser variedades únicas; vense también hermosísimas flores y árboles de extrañas hojas; pero en los cuatro acres de terreno que rodean la casita, no se encuentra ninguna muestra del arte del jardinero decorativo; no se admi-



Una ciruela híbrida Burbank y una de aquellas de donde procede



Ciruela sin hueso; tres cuartas partes de su tamaño natural

belleza de su color ni de su forma. También ha conseguido hacer grandes cambios en la estructura de las frutas. Ha hecho crecer, hasta tener proporciones gigantescas, á las rosas y á los lirios, aumentando la viveza de sus colores y la fragancia de sus perfumes. Muchas plantas que sólo se daban en estufas, las ha robustecido hasta el punto de que se desarrollen al aire libre; ha logrado que los cereales y otras plantas alimenticias den cosechas más abundantes y de mejor calidad, y ha mejorado, en tamaño y sabor, el café, el arroz y la caña de azúcar.

En estos momentos, la atención del público está fija en él, por la decisión que ha tomado el Instituto Carnegie de concederle una subvención anual, durante diez años, de 2.000 libras esterlinas, para que pueda dedicar exclusivamente su habilidad, tiempo y conocimientos, á la producción de nuevas formas de la vida vegetal. Verdad es que no ha sido el único que á esa labor se ha consagrado, pero es indudablemente el que más ha hecho. En Inglaterra, y más aún en Francia, ha habido quien se ha dedicado á descifrar esos arcanos y ha producido nuevas formas de plantas, cuya creación hace algu-

ni á fascinar la vista. Muchos de los que le van á visitar se extrañan al ver que en aquella casa no hay ni una extensa biblioteca, ni un laboratorio bien

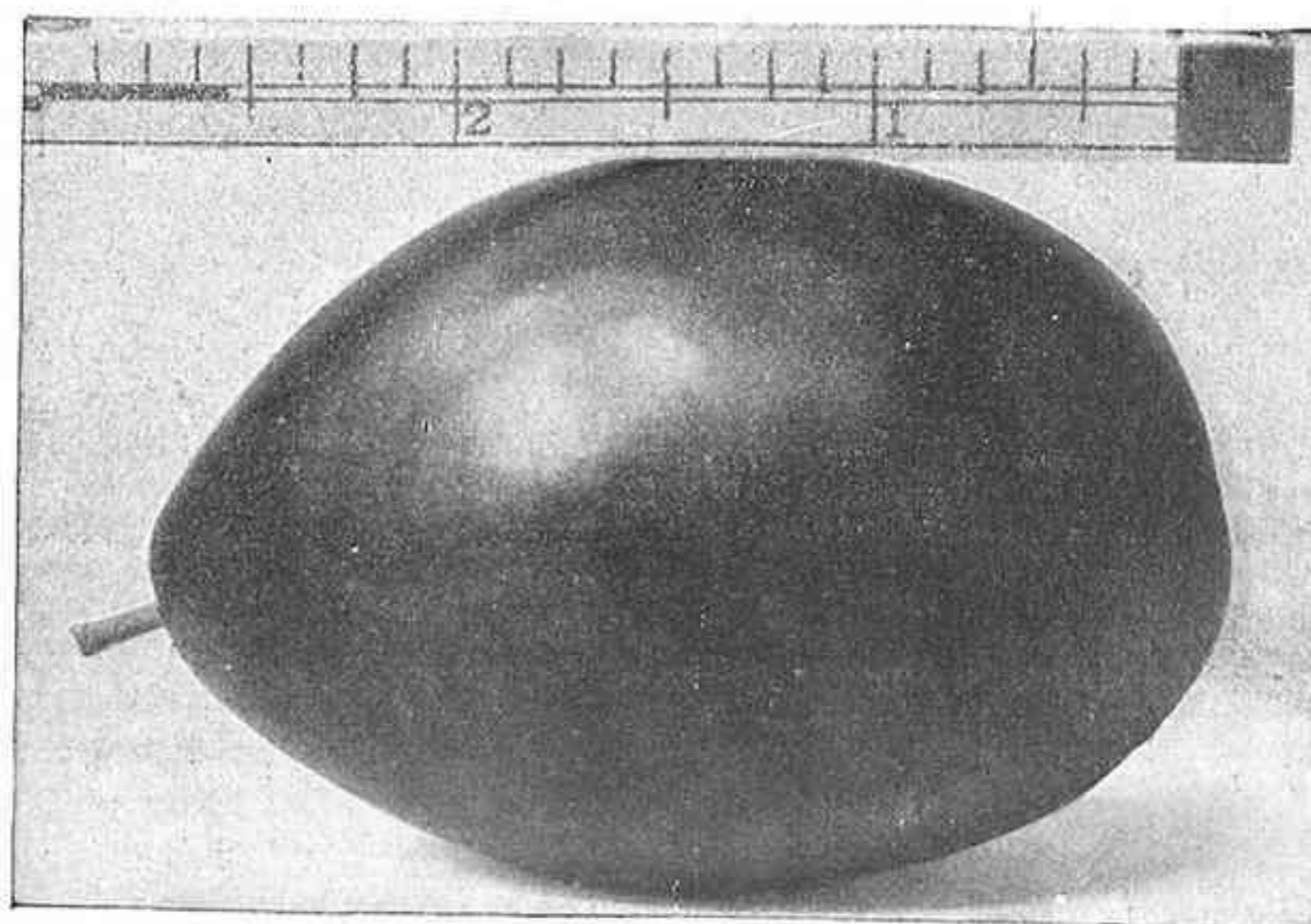
ran alamedas y parterres artísticamente dispuestos. Se comprende que aquél es el campo de ensayos de un horticultor que no tiene tiempo, ni voluntad, que dedicar á la ornamentación,

bras, y cientos de ellas se le ofrecen por el disfrute exclusivo de ciertas especies.

Una de las frutas á que más se ha dedicado Mr. Burbank es la ciruela. No sólo ha mejorado su sabor y aumentado su tamaño, sino que ahora se cultivan en varias regiones de los Estados Unidos especies nuevas, en donde las antiguas no se daban. La ciruela híbrida Wickun fué una de sus primeras producciones; es bella, deliciosa y de gran tamaño; cuando por primera vez se vendió en Chicago, alcanzó un precio que nunca se ha pagado por ninguna clase de ciruelas. Otra variedad es la híbrida Burbank, dos veces mayor que la especie de la cual procede. La Maynard madura, en California, hacia el primero de julio; puede llevarse perfectamente hasta los mercados más lejanos, y es muy grande, midiéndola á veces veinte centímetros de circunferencia; cuando están maduras, exhalan un perfume que no suelen tener las ciruelas ordinarias.

Luego viene la ciruela sin hueso, que queda reducido á una pepita que con facilidad se corta con un cuchillo. Mr. Burbank también ha producido una nuez de cáscara blanda, pero tiene el inconveniente de que los pájaros la picotean y se comen el fruto. En ella la carne es completamente blanca y no contiene el tanino, que suele darle un gusto amargo.

La ciruela-albaricoque es completamente nueva. Es una combinación de la ciruela común silvestre de América, de la del Japón y del albaricoque ordinario, de delicioso sa-



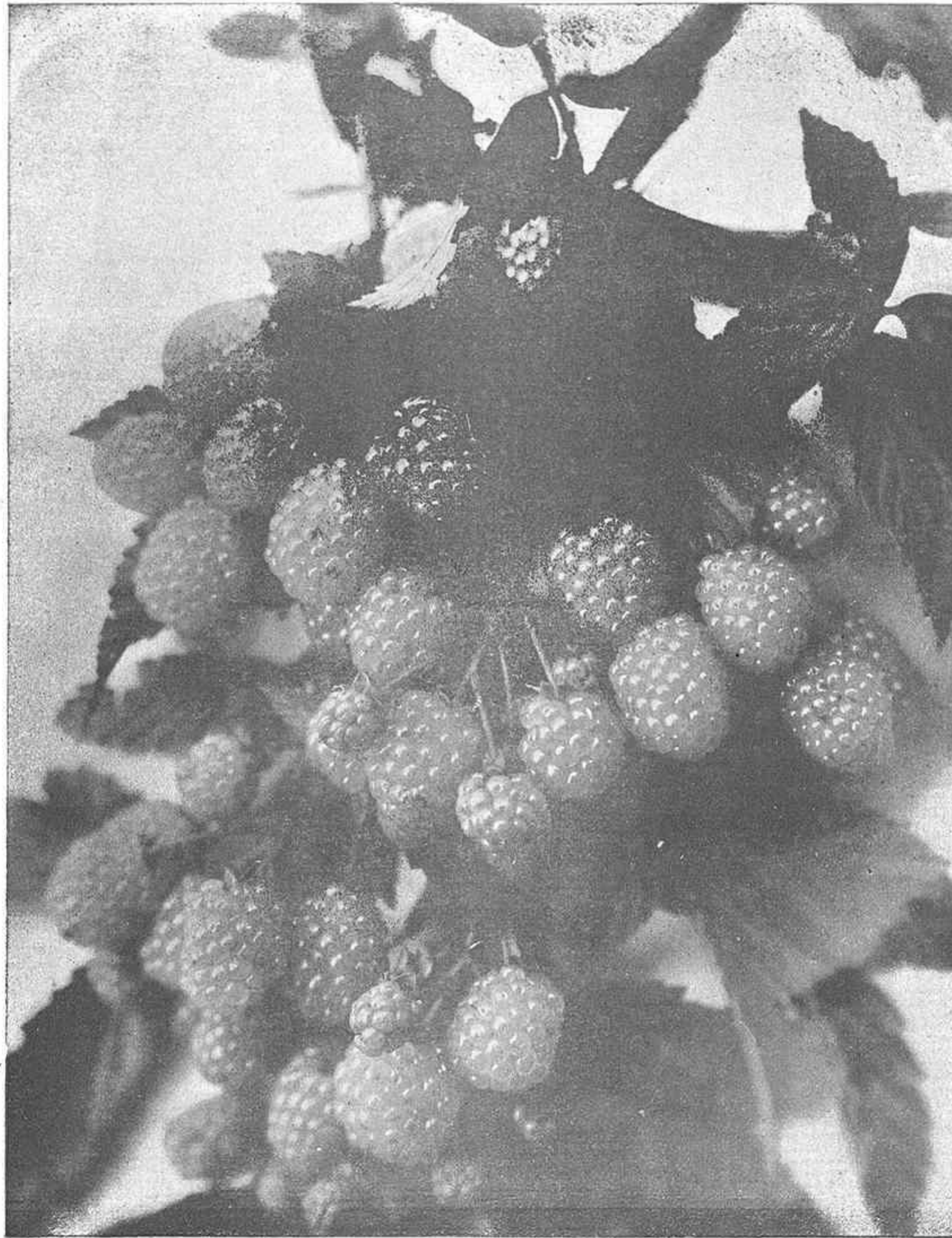
Ciruela gigante. Magnífica fruta procedente de la ciruela francesa

bor especial, nutritiva y de hermoso color. Tenemos también la ciruela gigante, magnífica, exquisita, que mide unos ocho centímetros de larga y que se deriva de la ciruela francesa. Es cuatro veces mayor que ésta y tiene mucho azúcar. Hay además la mora Primus, obtenida por el cruzamiento de la mora común de California con la frambuesa de Siberia.

En conjunto, Mr. Burbank ha producido más de 2.000 variedades diferentes de frutas, flores y hortalizas. Entre las más notables, no olvidemos la Iceberg, que no es otra cosa que la mora blanca, obtenida cruzando unas variedades con otras. Este nuevo árbol es tan resistente y productivo como el que da la negra. El cambio de color de la fruta, en nada afecta á su sabor.

La última hazaña suya, que le ha conquistado muchos y continuados aplausos, ha sido la producción de un cacto sin espinas. Para obtenerlo, ha estado haciendo experimentos durante diez años; y además de despojarlo de las espinas, ha logrado que se adapte á todos los climas. Pero no sólo ha mejorado su fruta, sino que la ha multiplicado, dándole un sabor hasta ahora no conocido, una combinación de los de media docena de las nuevas frutas diversas, unos dicen que sabe á piña, otros á melón, melocotón ó albaricoque.

En materia de flores ha conseguido Mr. Burbank iguales éxitos. Una de sus últimas novedades es una de magnífico matiz, que no se marchita nunca. Conservada durante un año, en una habitación seca, su color es tan brillante como cuando la arrancaron del tallo. Otra maravilla es el Gladiolus California, al que ha hecho que florezca alrededor de todo el tallo, como los jacintos, cosa que nunca se había visto. Podemos también mencionar una Amarillis de treinta centímetros de diámetro y que conserva los mismos colores preciosos de las otras más pequeñas. Ha aumentado y también disminuído el tamaño de la flor del lirio calla; una de las de estas últimas variedades no llega á tres centí-

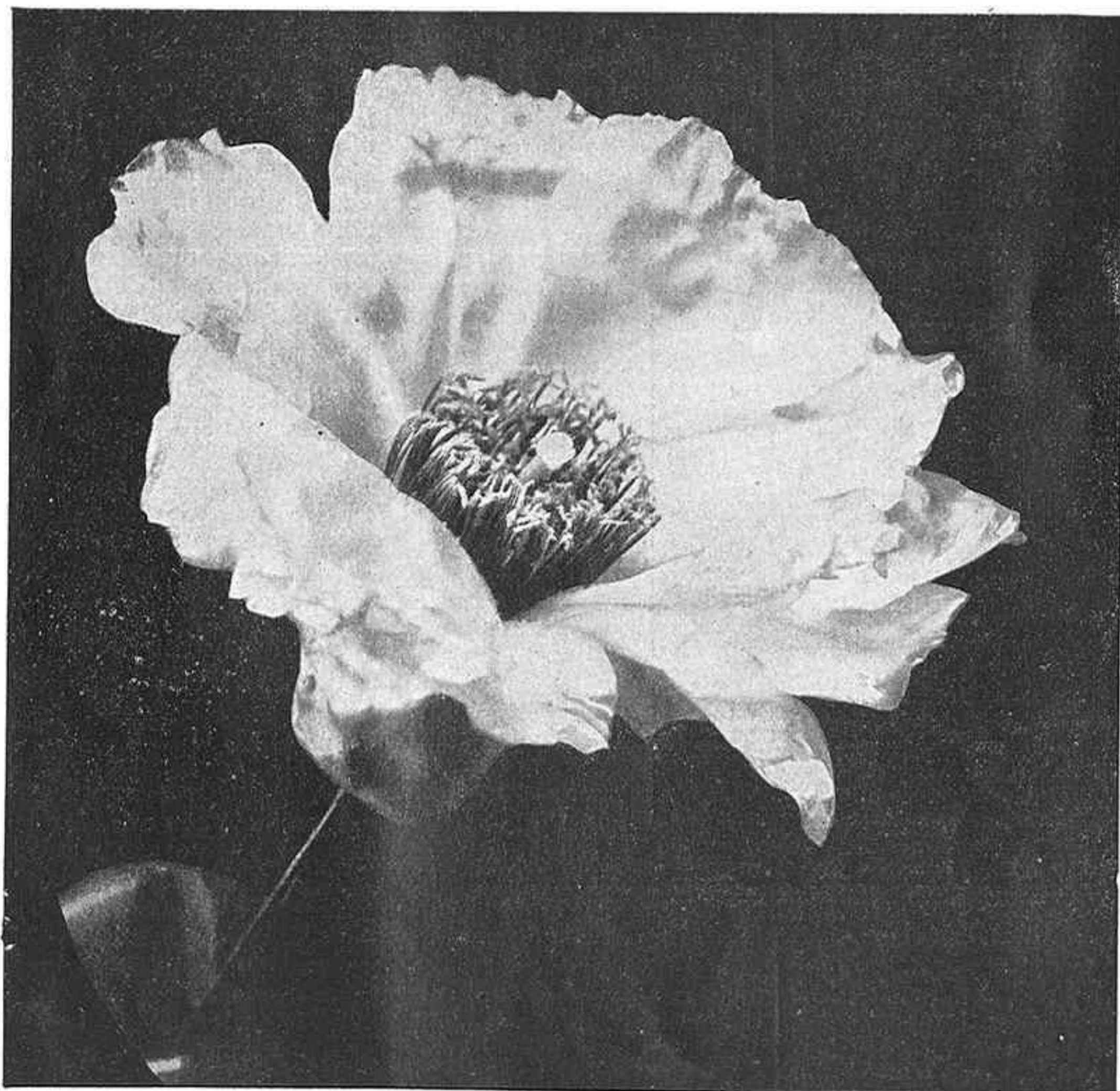


La mora blanca

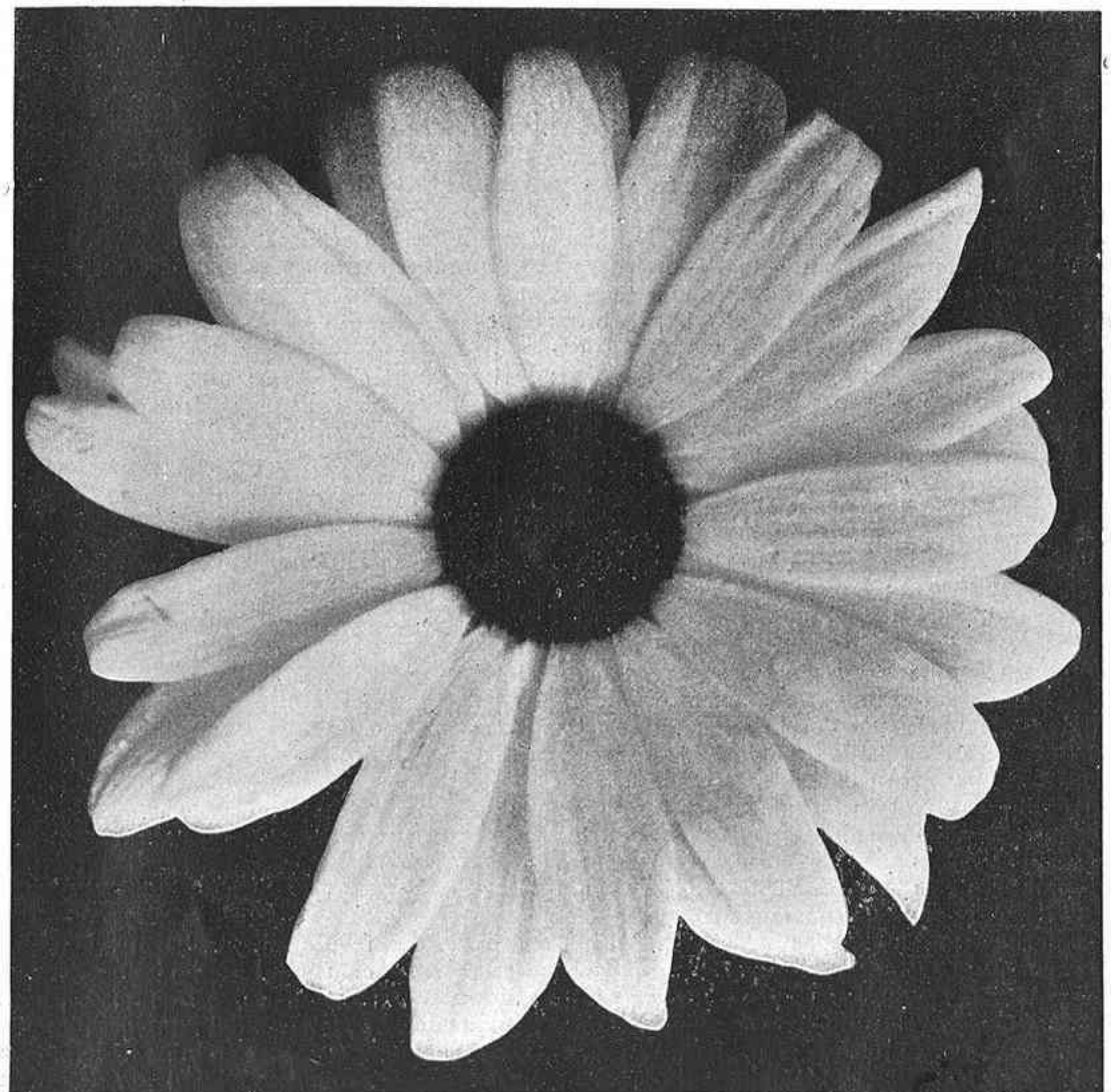
mucho. Tiene un centro grande amarillo, rodeado de tres cercos de pétalos, blancos y fuertes; toda la flor mide unos treinta centímetros de circunferencia. Crece al aire libre, en todas partes, donde el frío no sea lo bastante intenso para matar una encina. Es el resultado de la mejora y selección de miles de híbri-

las plantas son incalculables. No sería difícil obtenerlos de centeno, trigo, cebada, avena y arroz que produjeran un grano más en cada espiga, una patata más en cada planta de esa clase, una manzana, ciruela, naranja ó nuez en cada árbol de esa especie. ¿Cuál sería el resultado? En los Estados Unidos so-

no solamente conocimientos especiales y cierta destreza, sino también mucha paciencia; á veces meses y hasta años de trabajo no dan resultado alguno. Por ejemplo, hace poco tiempo, Mr. Burbank tomó una planta de frambuesa de California y le aplicó el polen del manzano, membrillo, cidra, cerezo, membrillo chino, fresa y otras frutas; recogió todas las semillas que se obtuvieron, y logró en sus semilleros unas 5.000 plantas de lo más extraño que se ha visto. Algunas tenían hojas de fresa, otras de frambuesa, unas pocas estaban armadas de unas esperias cortas; las nueve décimas partes dieron vástagos tan lisos como una varilla de manzano. Pocas, muy pocas, llegaron á florecer, y de las 5.000 sólo dos dieron fruto; una, como una mora pálida, pero mayor que ésta, y la otra, una fruta también de la misma especie, pero de muy obscuro color. Mas el desencanto final fué al ver que ninguna de las nuevas frutas tenía semilla. Así es que, á veces, para una sola experiencia ha empleado un millón de plantas, y de ese millón, sólo ha aprovechado media docena, ó tal vez menos. «No hay dos seres vivientes enteramente iguales,» dice Mr. Burbank, y en esa máxima tenemos el secreto de la producción de nuevas formas en las plantas; porque esto, lo mismo que en los animales, depende de las variaciones que el experimentador, por todos los medios que tiene á su alcance, dirige, encauza, aumenta y fija en variedades permanentes. En crear esas nuevas variedades permanentes y capaces de reproducirse, conservando su semejanza, es en lo que consiste el talento de Mr. Burbank. «Los grandes resultados, ha dicho, que podrían obtenerse por la selección cuidadosa de



La flor del cacto



La última maravilla en flores. La margarita Shasta; cuatro quintos de su tamaño natural

metros de diámetro. Es autor de una especie de clemátides, con flores grandes en forma de campana, con colores como no se encuentran en las de esa familia.

Una de sus creaciones que ha tenido más aceptación, ha sido la margarita Shasta. No solamente es la mayor y la más hermosa de las variedades de margaritas existentes, sino que es muy vivaz y florece

das. Primero se injertó una margarita americana común en una inglesa, luego en otra del Japón, etc.

Veamos ahora cuáles son los procedimientos que emplea. El modo de cruzar dos frutas, es muy sencillo. El horticultor toma el polen de la flor de una y lo deposita en el estigma de la flor de la otra. El resultado será planta híbrida; pero esa labor exige

lamente, las fuerzas incansables de la naturaleza, sin necesidad de mayor labor de parte del hombre que ahora, producirían 5.200.000 fanegas más de trigo, 15 millones de maíz, 20 millones de avena, 1.500.000 de cebada y 21 millones de patatas.» Con hombres como Mr. Burbank, no hay temor á la antigua teoría de la inevitable falta de alimentos de Malthus.



MERCANCÍA DE VERANO (Sevilla), pintura al óleo de J. García y Ramos

MERCANCÍA DE VERANO

Así ha titulado mi amigo el laureado artista García y Ramos el precioso estudio del natural que ilustra este artículo, y así titularé yo también estas cuartillas que han de servir de explicación á los trazos y pinceladas de aquel maestro; pues, ciertamente, sólo de verano es la mercancía de los abanicos de calaña, que antes por dos cuartos y ahora por cinco céntimos se comienzan á vender por las calles y plazas sevillanas en abril hasta septiembre.

Mozalbetes y mozelas tan alegres y bulliciosos como desarrapados pululan por los sitios más céntricos, y atrevesándose al paso de los transeuntes gritanles con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Abanicos!, ¡abanicos de calaña!, ¡que se rompe el papel y queda la caña! ¡A perra chica los abanicos..., los abanicos de los colores!...» A veces acuden á un mismo punto tres ó cuatro, cinco y seis, y os rodean y no os dejan andar, encareciéndoos las excelencias de la pobre mercancía, viéndoos obligados á oscarlos como enjambre de impertinentes moscas.

En los días primaverales de nuestra renombrada Feria de Abril, en que ya el sol pica más de lo regular, cuando el pueblo acude rebosando alegría, llevando retratados en los rostros la ansiedad de llegar cuanto antes al circo, ganoso de coger un buen sitio para presenciar su espectáculo favorito, sálenle al paso los vendedores de abanicos, llevando pendiente del brazo izquierdo un canasto repleto de aquéllos y agitando vertiginosamente con la mano derecha uno abierto, en cuyo fondo de vivo papel rojo, amarillo ó verde campean asuntos toscamente grabados, con los retratos de los más afamados diestros, ó bien representan lances de la lidia. Buenos días de venta son aquéllos, pues como son muchos los espectadores que acuden á las gradas bañadas de sol por completo, de muy buen grado gastan la *perrilla*, por adquirirse un *quitapesares*, que también con tal calificativo los vocean los vendedores.

La fabricación de los abanicos que los sevillanos llamamos de calaña, porque están hechos por unas delgadas cañillas, sobre cuyas superficies planas, que son las de la cara interior, se adapta el *pais*, que es un papel de color, sujetas por un alambrijo que hace las veces de clavo, fué hace años una industria muy popular en nuestra ciudad.

Y cuando se aproximaba la época de calor, era cosa de ver los portales de las tiendecillas de la calle llamada de la Alcaicería, tan semejantes en su estructura y pequeñas dimensiones á las de los Zocos africanos, pintorescamente engalanados con largas sargas de abanicos de todos colores que parecían anunciar la llegada del estío. Delante de ellas parábase las gentes del pueblo para comentar los asuntos de sus países, y bien recuerdo que, á raíz de la muerte del desgraciado diestro *el Espartero*, su retrato y el momento de su muerte fueron entonces los

predilectos de la gente joven del pueblo, que si en algunos de aquellos retratos encontraba parecido con su ídolo, exclamaba: «¡Probesillo y qué propio está!» Pero, en el caso contrario, indignábase y solía prorumpir en estas censuras: «Mialo, Fulanillo..., cuarquiera dise que ése era Manué... ¡Vaya..., vaya..., que no le jagan na ar pintó!... ¡Valiente mala sangre!» Y con estas y otras frases análogas condenaba la torpeza del tosco buril que no había logrado grabar en la madera los verdaderos rasgos fisonómicos del infortunado torero.

Los abanicos sevillanos de calaña, antes que el desarrollo creciente de la industria abaniquera en algunas poblaciones, como Valencia, hubiese llegado á producirlos por los precios

Sevilla, la revista de tropas del general Van-Halen en 1843; los hay con satíricas alusiones puestas en boca del famoso fray Gerundio y su lego Tirabeque; otras comentando en el mismo estilo alguna mixtificación de leche que entonces debió de ser muy popular, en la cual el artista recomienda el uso del vino por más saludable; y existen no pocos de costumbres, como el llamado del *Apretón*, en el cual se ridiculiza la exageración del corsé por las jóvenes de aquel tiempo; el de la *Jalea*, baile entonces muy en boga; los del *Columpio* y el *Bolevo*, y otros, en fin, cuyas figuras de majos y majas, contrabandistas, vendedores, médicos, militares, lechuguinos, celestinas, toreros y bailarines, tienen su propia fisonomía, y en medio de la tosquedad del buril, se manifiestan con tal carácter que sin trabajo logramos dar vida á aquellas escenas trazadas por manos tan inocentes é ingenuas.

En el de la *Jalea* se nos ofrece en el asunto principal un salón decorado con columnas, y sus arcos con pabellones, simétricamente recogidos por una borla en los centros; allí vemos el clave abierto; junto, una pareja de lechuguinos cantando, acompañados por otra joven que tañe el arpa. A la izquierda un elegante ofrece una flor á su dama, con esta copla que entonces se cantaría por aquellos románticos de pelo largo, frac entallado, alto cuello, enorme corbatín, pantalones con trabillas y voluminoso copalla:

Tus tiernas miradas
mi alma recrean,
y estando á tu lado
me vuelvo jalea.

En la parte opuesta un majo con calañés y capa tañe la guitarra ante una maja, y al par le pregunta: «Moza rubia, ¿le gusta á V. la *pesk?*» (sic).

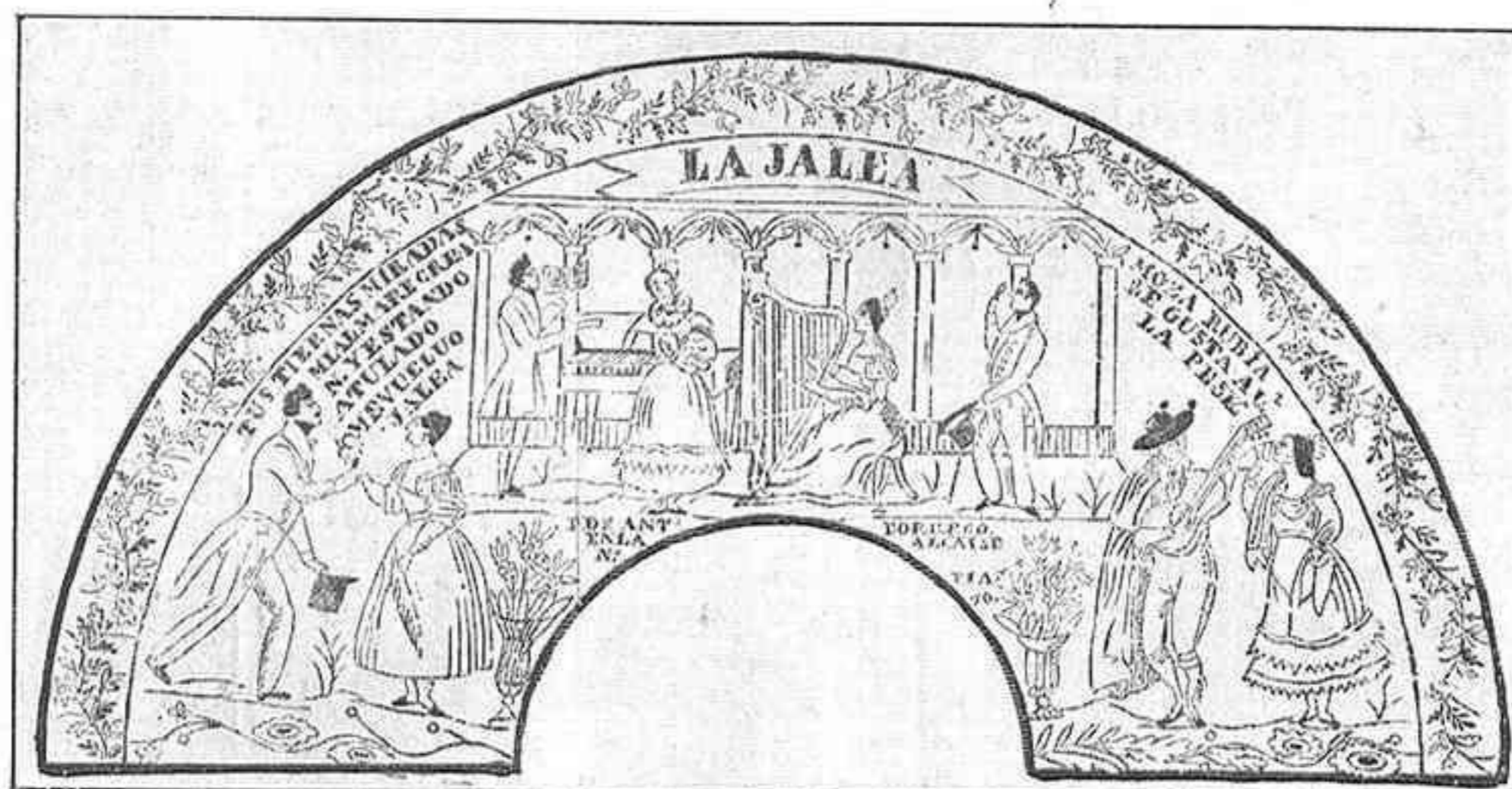
Toda la curiosa colección lleva el nombre del fabricante en esta forma: F. DE ANT.º BORREGO. ALCAICERÍA.

De entonces acá, ¡cuánto han variado los tiempos! Ya los abanicos de calaña van, como suele decirse, *de capa caída*; están en verdadera decadencia, y sólo en los días de toros es cuando acuden á los alrededores de la Plaza algunos mozalbetes y muchachas á venderlos.

Quizá dentro de poco desaparecerán por completo, como otras tantas pequeñas industrias características de este pueblo; por ejemplo, los famosos muñecos y juguetes de la misma Alcaicería, que han quedado reducidos tan sólo á las figurillas de nacimiento, las representaciones de «Don Cristóbal el bravo», «el Tío del titirimundi», como le llamaban los muchachos, los ciegos de los romances, etc., con otros pasatiempos populares tan inocentes como pintorescos, que no se compadecen, por cierto, con las corrientes y tendencias del espíritu moderno.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

Sevilla, octubre, 1905.



Abanico de calaña de 1830 á 1845

fabulosamente baratos con que hoy inundan á todas las poblaciones del Mediodía de España, eran páginas interesantes que reflejaban nuestros gustos, costumbres y rasgos característicos peculiares del pueblo.

Siempre en ellos dedicaron sus fabricantes número considerable á la afición por desgracia predominante en los andaluces, ¡los toros! Hace ya años, los pobres artistas que se dedicaban á ilustrar sus países extendían el campo de su acción á otros asuntos, que hoy ya son dignos de ser tomados en cuenta por los aficionados á los estudios sociológicos y etnográficos.

Con verdadero interés conseguí, por mi parte, reunir una colección de más de 24 tacos de madera para imprimir países de abanicos de calaña, que figura actualmente en el Museo arqueológico municipal de esta ciudad, la cual comprende ejemplares de los usados en el turbulento período político de los años 1830 al 45.

Entre ellos se ven, rudamente grabados, episodios político-militares, como los bombardeos del castillo de Montjuich y de



NOVELA DE ALBERICH CHABROL.—ILUSTRACIONES DE JORGE SCOTT

EL DIARIO DE MIETTE

Los Angles-Aviñón

Lunes, 25 de noviembre de 190...

Hoy hace un mes que perdí á mi querido tío, mi segundo padre y el único que he conocido, pues me recogió huérfana á la edad de dos años. La señora de Clement, la cuñada de mi notario y tutor, señor Loriot, quiso llevarme en seguida con ella y tenerme en su casa, plaza del Reloj; pero, por fin, logré emprender el vuelo, y heme aquí encaramada en mi roca de los Angles. Desde entonces me siento algo consolada, como si mi tío se hubiese acercado á mí para recompensarme por haber vuelto á esta antigua y querida casa, en la que estoy segura de que su espíritu y su corazón no han dejado de habitar.

Esta mañana, como teníamos costumbre de hacer él y yo juntos, he salido á pasear por nuestro jardín, el único que se ha atrevido á implantarse en la roca, pues nuestra casa ocupa el solar del antiguo castillo de mis antepasados, que se levantaba en otro tiempo por encima de las casitas de la aldea. He contemplado debajo de mí la gran llanura aviñonesa. El sol, ya viejo, del año expirante, parecía acariciar con un largo beso las murallas rojizas de los baluartes y las torres del Palacio de los Papas, y por las aguas del Ródano corría todo un raudal de rayos que inundaba los olivos, las viñas y las aldeas sustentadas por todas aquellas colinas que preceden á las altas montañas coronadas de gasas blancas y azules.

He cogido de mi rosal oculto entre las adelfas dos rosas muy pálidas, las dos últimas rosas de otoño, todavía estremecidas por el frío de la noche, y aquí las veo brillar dulcemente en un jarrito etrusco de estrecho cuello, puesto en el escritorio de mi tío, mientras yo escribo lo que pienso y lo que siento, puesto que no puedo ya, por desgracia, hacerme oír del único á quien complacía mi charla inagotable...

Al escribir esto soy un poco injusta con mi buena Rosina, mi nodriza, que, ciertamente, no haría más que escucharme de la mañana á la noche... Desgraciadamente no siempre nos comprendemos las dos... Hace un momento, tomando mi chocolate en la cocina, le he contado un complot que había yo descubierto y hecho fracasar en la plaza del Reloj. La

señora de Clement quería casarme con su hijo Saturnino.

Al oír eso del matrimonio la gruesa cara de Rosina se iluminó por dentro, como farol japonés, y se puso á agitar con entusiasmo la cinta de su cofia arlesiana.

—Porque el Sr. Saturnino, el hijo mayor de la familia y ya primer pasante en casa de su tío, heredará, de seguro, el estudio. Además, es un joven que vale un mundo y nunca le falta una palabra amable que decir á la gente...

Yo me he puesto muy encarnada y he exclamado: —Bueno, bueno... Si hubieras visto como yo á ese caballero en la intimidad de la familia, te hubieras dado cuenta de que su madre y sus hermanas no tienen gran suerte en oír á menudo sus «palabras amables.»

Pero, al entregarle mi taza con un ademán un poco vivo, Rosina, que no daba ya á su cinta más que pequeños movimientos de desencanto, me dijo suspirando:

—Pobre Miette... No seas muy exigente, ¿sabes? Puesto que el pobre señor nos ha dejado y no tienes más parientes en el mundo—porque, en fin, el señor Delombre es como si no existiera,—preciso será que te cases, y cuanto antes, mejor.

Rosina decía mucha verdad esta vez. Estoy realmente sola en el mundo, puesto que mi primo Marcos permanece tan lejos de mí...

Sin embargo, Marcos vino dos veces á visitarnos á los Angles, cuando mi tío, después de perder á su mujer, se instaló en esta casa solariega de su familia. Mi tío y Marcos, aunque su parentesco era sólo político, se profesaban mucho cariño y tenían la misma afición á la música, que es en nuestra familia un carácter distintivo. Hoy sé que mi primo Marcos se ha creado una reputación de historiador y crítico de arte.

Cuando nos hizo la segunda visita tenía yo doce años, y la costumbre de vivir siempre con mi tío me había hecho ser un poco agreste; pero Marcos, sin embargo, no me asustaba absolutamente nada. Cuando él tocaba el violín y mi tío el piano, y yo los oía hundida en mi butaca Voltaire, con las manos cruzadas y la boca abierta, mi primo me dirigía algunas veces como una mirada de aprobación. Entonces no despreciaba á la pequeña roedora de notas, y una vez me hizo sentar al piano y tocar con él una sonata de Beethoven.

Recuerdo que un año después quise aprender el arpa porque él encontraba graciosas á las muchachas que tocan ese instrumento, y me apliqué hasta el punto de caer enferma. El médico me prohibió todo trabajo durante un mes... Yo esperaba que mis progresos iban á asombrar á Marcos cuando nos hiciera otra visita; pero en aquel año no volvió, ni en los siguientes. Siempre que yo preguntaba por él, mi tío suspiraba, movía la cabeza y respondía de un modo evasivo:

—¿Qué quieres? Es como todos... La ambición le domina... Se sacrifica todo por hacerse un nombre...

Marcos, sin embargo, nos enviaba todas las revistas en que publicaba sus trabajos, y yo veía que era para mí tío un consuelo oírme leer sus artículos al lado del fuego cuando, en las noches de invierno, el viento maestral azotaba la casa con sus negras alas empolvadas de estrellas rutilantes.

Y hasta creo que si Marcos volviese ahora, el muerto, que tanto nos quería á los dos, lo vería desde el otro mundo y sólo entonces su felicidad de elegido sería perfecta...

Martes, 26 de noviembre.

No vendrá; no vendrá jamás... Hoy he sabido por qué no le he vuelto á ver desde la edad de doce años, y por qué no le volveré á ver más hasta que yo sea una vieja solterona, porque seguramente no me casaré con un Saturnino cualquiera.

Hace un momento, después de almorzar, vine á sentarme como ayer en el escritorio de mi tío, é iba á ponerme á escribir, pues empiezo á tomarle el gusto á mi diario, cuando, para buscar una pluma, tuve que abrir sucesivamente los tres cajones. Los dos primeros contenían paquetes de cartas en las que conocí la letra de mi tío. En el tercero no había más que unas cuantas cartas esparcidas, pero en cuanto las vi me dió un vuelco el corazón... La mano que las había escrito era la misma que había puesto tantas dedicatorias en las obras de arte musical que mi tío recibía de vez en cuando de París. ¿Podía yo leer unas cartas que no estaban dirigidas á mí?..

En un instante me respondí afirmativamente por un razonamiento tan sencillo como rápido, según creo. Mi tío me ha nombrado, sin restricción ninguna, heredera de todo lo que él poseía; luego esas cartas son mías por el único artículo de su testamento.

Pero antes de haber terminado este razonamiento ya estaba yo leyendo una de las cartas de Marcos, la primera que había cogido. Estaba fechada un mes antes, y, á pesar de la pena que me ha producido, siento un imperioso deseo de copiarla entera en mi diario:

«Mi querido tío:

»¿Por qué tiene usted escrúpulos para nombrar á mi prima su única heredera? Si bien es cierto que la mitad de su fortuna le viene á usted de mi tía, es decir, de mi familia, no por eso deja de ser de usted. No le atormente á usted, pues, la idea de que no la compartiré con mi prima, puesto que soy yo el que renuncia á hacerlo. Mi modesta renta basta para procurarme lo necesario, y puedo hasta permitirme, por medio de un trabajo agradable, un poco de ese lujo que alegra la vida. Tendría yo que ser un espantoso egoísta para envidiar esa herencia á la huérfana que usted ha convertido en su hija adoptiva.

»Sigo firme en mi resolución, que muchas veces le he dicho, de no casarme nunca, y no debe usted sentirlo por mi prima. ¡Si supiera usted qué solterón me siento ya á los veintiocho años y hasta qué punto he adoptado ya en este mundo mis «cuarteles de invierno!»

»Esta frase le parecerá extraña en un hombre que va á emprender mañana un viaje á Oriente, pero pienso hacerle como erudito y como filósofo. No me interesa nada más que las cosas del pasado, y la mujer á quien mis ilusiones, ó las de usted, arrastrasen á cogerse de mi brazo y á seguirme, no tardaría en arrepentirse cruelmente y sentir una aguda nostalgia al lado de un compañero tan distraído. La belleza y el ingenio de una mujer no valdrían nunca á mis ojos lo que el misterioso atractivo de un instrumento que exprese el alma musical de las edades mitológicas, como los que hoy se descubren en las excavaciones que resucitan á la luz de los tiempos aquellos monumentos de triunfo que se creían fabulosos. ¿Sabe usted todo lo que se acaba de escribir á propósito del palacio de Minos?.. Yo también quiero ver eso.

»Créame usted, sin embargo, su sobrino afectuoso y adicto,

»MARCOS DELOMBRE.»

He registrado otros sobres que sólo contenían cartas más antiguas llenas de excusas fundadas en el trabajo, en los compromisos con los editores..., y otra del año pasado en la que rehusaba formalmente mi mano... De repente se ha caído un pliego que al pronto me pareció que estaba en blanco y en el que después he visto la letra de mi tío:

«Mira esto como una suprema invocación que te dirijo, mi querido Marcos. Te lo suplico, á la vuelta de tu viaje haz una parada en los Angles aunque no sea más que de unas horas. Conozco que estoy ya amenazado por una mano que no perdona... Antes de obedecer á esa mano cruel é inexorable, quisiera verte, querido Marcos, y, ¿por qué disimularlo?, quisiera haberte puesto en presencia de mi Enriqueta. ¡Ah! Si la vieras, no más, ir y venir alrededor de mi vejez, alegre y viva como la misma esperanza, comprenderías lo que significa esta frase: *la alegría del hogar*... Y no vacilarías en llevártela para siempre al tuyo... No te defiendas contra un buen impulso que te conduciría á la dicha... Ven á conocer á tu linda prometida, para que yo una vuestras manos y...»

¡Ah! Ahora recuerdo que mi tío estaba escribiendo esta carta cuando su grito de angustia nos hizo acudir de un salto á Rosina y á mí.. Estaba aquí, sentado todavía, oprimiéndose el corazón con una mano mientras con la otra metía maquinalmente los papeles en el cajón entreabierto... Y nunca pudo ya sentarse en el escritorio para terminar esta carta... Pero ahora recuerdo otra cosa además; esta carta fué la preocupación de su agonía. Durante el último día de su vida me buscó varias veces con los ojos, no para verme, sino para asegurarse de mi ausencia; y estando yo escondida entre las cortinas de la cama para que no viera mi llanto, él murmuraba, mirando al Sr. Loriol que le tenía cogida la mano: «¡La carta!.. ¡La carta!..»

Evidentemente, quería que mi tutor hiciera llegar á mi primo, sin decirme nada, ese último grito cortado en sus labios por la muerte, para provocar un enternecimiento y decidirle á casarse conmigo. El Sr. Loriol enviaría aún hoy la carta con mucho gusto, si yo quisiera... Pero no permitiré yo que se me arroje á la cabeza de ese caballero... ¡No! Puesto que ese es su gusto, que le déjen con sus sepulcros y sus momias que huelen á cuatro mil años de moho...

¡La verdad es que debía yo de estar fea, la última vez que mi primo me vió, para que manifieste tal horror ante la posibilidad de tenerme delante!..

Al llegar á este punto de mis reflexiones me levanto de un salto y me dirijo á la chimenea, sobre la cual hay un marco en forma de abanico que contiene mis fotografías desde que era niña.

He aquí, primero, un delicioso rorro casi desnudo al que dirijo una risita; después una muñeca de tres ó cuatro años, cubierta de encajes... ¡Cielo divino!; heme aquí á los doce años... Aunque hayan deshecho el dobladillo de mi falda, no me llega más que á media pierna, unas piernas como palillos de tambor; mis muñecas, planas como cuchillos de cortar papel, salen de unas mangas que se han quedado en el camino... La sonrisa que el fotógrafo quiso imponerme no es más que una mueca indescriptible... Y, positivamente, mi párpado izquierdo parece que oculta un ojo deslumbrado, como el de un ave nocturna...

Me separo apresuradamente de semejante esperpento, comprendiendo muy bien la repugnancia que semejante recuerdo debió dejar en la mente de mi primo Marcos, y fijo la atención en el último retrato, el que mi tío mandó que me hicieran en Lyon el mes de agosto...

Aquí ya no hay irregularidades en el ojo izquierdo. Estoy ahora segura de que ya no puede hablarse de palillos de tambor á propósito de las piernas ocultas por mi primer vestido de cola... Y lo que se ve de los brazos no carece de finura ni de redondez... En cuanto á mi talle, me basta recordar que la señora de Clement me dice algunas veces:

—Supongo, querida niña, que no se aprieta usted demasiado el corsé...

Levanto los ojos, me veo la cara en el espejo y no la encuentro desagradable. Tengo en la cabeza una hermosa mata de cabello oscuro, con bucles un poco cobrizos alrededor de la frente, y á pesar de mi gran desgracia, las mejillas siguen sonrosadas y blancas como unas flores decididas á no marchitarse nunca... ¡Ah! ¡Si mi primo Marcos viniera!..

¿Cómo es que no he recibido ni una línea de pésame desde que, hace un mes, el Sr. Loriol le escribió la triste noticia? ¡Quién sabe! Puede ser que, al volver á Francia, se haya apoderado de él el remordimiento, y esto le haga detenerse en los Angles para visitar la tumba de aquel á quien venía rehusando tan inexorablemente sus visitas...

Me estoy ya figurando la actitud que adoptaré cuando llegue mi primo. Porque no puedo menos de verle venir. La casa domina la única calle que conduce á la única plaza de la aldea, la que se extiende delante de la iglesia. Detrás del hombre que le traiga la maleta, pues los coches no se aventuran por semejante cuesta, mi primo Marcos se me aparecerá con su alta estatura, más guapo todavía que en otro tiempo con su cutis bronceado por el sol de Africa y de Asia y con su aire grave y lleno de una tristeza que él expresará con frases breves y conmovedoras. Yo quisiera presentarme á él con una dignidad no menos firme, pero estoy viendo que el recuerdo del tío me va á hacer llorar y va á enternecer también á Marcos...

Ya irá viendo que no soy el monigote gestero de hace años... Y después..., después... ¡Dios mío!.. Cosas más extraordinarias suceden en las novelas que voy á buscar los domingos en la biblioteca parroquial de *Saint-Agricol*...

Pero ¡ay!.. En mi mejor momento de exaltación Rosina me llama desde el jardín y me da por la ventana una carta tachonada de sellos extranjeros. Mi primo Marcos me escribe desde Florencia:

«Mi querida prima:

»La carta del Sr. Loriol me ha perseguido por París, Creta, Egipto, Palestina, y ha dado al fin conmigo en esta ciudad después de tres semanas de circulación. Aunque esto baste, como espero, para excusar con usted mi aparente indiferencia, no es menor mi pena por no haber podido asistir á los últimos momentos del que los dos lloramos. No comparo mi dolor con el de usted, pues sé que usted pierde más que yo la compañía y la ternura cotidiana de un padre. No puedo hacer más, querida prima, que expresar á usted mi tristeza y la profunda simpatía que me inspira la suya. Créame siempre su afectuoso primo,

»MARCOS DELOMBRE.»

Verdaderamente, hay personas que se atribuyen los adjetivos con un desahogo... ¡Mi afectuoso primo!.. La pena hubiera podido hacerme caer mala; ¿se ocupa él de eso poco ni mucho? No puede ignorar que se me ha dado un tutor; ¿expresa siquiera el deseo de que tenga yo que felicitarle por la elección de mi tío? Ya sé yo que, según la opinión del mundo, Marcos se ha hecho acreedor á mi agradecimiento «autorizando» á mi tío á dejarme por úni-

ca heredera... ¡Si cree que le voy á dar las gracias por su suntuosa limosna!.. ¡No! Trabajaré..., iré al campo á guardar cabras, pero no seré rica á expensas de ese caballero á quien sólo la idea de casarse conmigo hace huir hasta el extremo de la tierra... No acepto *su* dinero y pienso explicarme pronto sobre esto con mi tutor.

Miércoles, 27 de noviembre

La explicación se ha efectuado hoy mismo, pues mi tutor ha venido á almorzar conmigo. El señor Loriol tiene, en su familia y en el mundo, la reputación de hombre «justo, pero severo.» Pero lo que es á mí, su alta y tiesa estatura, su cara seca, sus ojos penetrantes y su sonrisa de circunstancias no me han impuesto nunca ni causado la menor corteidad. Será acaso porque las hadas omitieron darme la facultad del respeto; así, al menos, lo aseguraba mi tío.

Cuando mi tutor se presentó esta mañana, sus ojos se abrieron de asombro cuanto pudieron y el buen señor exclamó:

—¡Cómo! ¡Y yo que creía encontrarte medio muerta de aburrimiento y que te ibas á echar á mis plantas para que te llevase á la plaza del Reloj! ¡Y te hallo con el aspecto animado, apasionado casi, palabra de honor!.. No veo qué diablos de cosa interesante puede ocurrir en este montón de piedras de los Angles...

—¿Si pasa alguna cosa? ¡Ah! Tengo que hablar con usted, Sr. Loriol... Y, ante todo, sepa usted que no viene...

Los ojos de mi tutor se redondearon como dos lunas diminutas.

—¿Se puede saber quién no viene?

Le pongo delante la carta de Marcos recibida esta mañana, la de hace dos meses encontrada en la mesa de mi tío y, en fin, la que éste escribió antes de morir.

Al leer esta última, Loriol suspira y murmura:

—¡Ah! Esta es la carta de que hablaba mi pobre amigo en sus últimos momentos... ¡Qué lástima que no haya podido hacerla llegar á su destino!.. Tu primo Marcos no hubiera resistido á una llamada tan conmovedora; hubiera venido, te hubiera visto y...

Loriol levanta con lentitud los ojos para mirarme de pies á cabeza, y añade:

—Y hubiera cambiado de opinión en la cuestión de matrimonio...

Después dice vivamente:

—Pero, en fin, nada me impide á mí, tu tutor, enviar la carta ahora.

Estas palabras me hacen arrojar fuego por los ojos.

—¡Eso es! ¡Como si mi primo pudiera pensar que no he sido yo quien ha encontrado la carta entre los papeles del tío! ¡Parecería que era yo misma quien le dirigía todas esas súplicas!.. ¡No, Sr. Loriol! Deje usted á mi primo con sus queridos amores, que son Minos y Radamanta, y sírvase usted escribirle sencillamente que el dote de mi tía le será enviado en su totalidad. No acepto la herencia de mi tío más que en la parte que era nuestra, enteramente nuestra. Me parece que es justo y natural que una no quiera más que lo que le pertenece.

Hábame yo puesto de puntillas para hacer más majestuosamente esa declaración; pero Loriol, repanchigado en su butaca y con las manos cruzadas, me responde:

—¡Ah! ¿Tú crees natural abandonar una fortuna? Pues mira, es tan natural, que tu primo no de ará de ver en esa loca renuncia el despecho que te ha producido que él haya rehusado tu mano y tu corazón...

—¡Eso es! Un señor á quien no conozco y que no me conoce á mí... Porque, por habernos visto teniendo yo doce años...

—¡Bah! Tú eres muy capaz de haber estado soñando con él desde entonces.

Y añade en tono insinuante:

—¡Vamos! Confíesme que ardes en deseos de llegar á ser la señora de Delombre.

Pero yo no me dejo coger y replico vivamente:

—¡Mi tío lo deseaba! Lo sabe usted tan bien como yo...

Loriol se echa á reír y me dice:

—El caso es que, por más que le doy vueltas, no veo medio de resolver el problema, como no sea saliendo de todas las reglas, pues, en materia de demandas matrimoniales, las conveniencias no quieren que las muchachas sean las que tomen la iniciativa... y convengo contigo en que enviar la carta ó rehusar la herencia sería tomar *la ofensiva*...

Medito un momento estas justas palabras y murmuro:

—Habría que tomarla... sin que lo pareciera...

—¡Oh, hija de Eva!, exclama mi tutor. Pues bien, indicame las armas, el sitio y el momento de la emboscada y te prometo ser de la partida.

El Sr. Loriol, que habla de esto á sus anchas, me ha dejado por la tarde después de hacerme otra vez aquella promesa, y todavía me la ha repetido con un ademán y su más irónica sonrisa cuando, al bajar la cuesta, me ha visto despidiéndole en la puerta de casa.

Tueves, por la noche.

—¡El viento maestral te emborracha, pequeña! ¡El viento maestral te emborracha!.. ¡Si alguna vez haces un disparate, será en un día de maestral!..

Mi tío me decía esto para hacerme rabiar en ciertos días de huracán, cuando me veía como desencadenada, también yo, correr desalentada por el jardín para ver volar mis faldas á mi alrededor.

Así, pues, si estoy en el día de locura, como me lo aseguraba hace un momento el Sr. Loriol, echemos la culpa al maestral, que nunca ha soplado con más furia en la llanura. Y si mi locura me conduce á la dicha, como espero me consolaré muy bien de ser dichosa sin pizca de razón.

Esta mañana—¡cuántos sucesos desde esta mañana!—después de soñar toda la noche con mi conversación con mi tutor y con marchas, ataques y emboscadas, me desperté en unas disposiciones tan belicosas que, al bajar á la cocina para tomar chocolate, iba tarareando la *Marsellesa*.

Pero al llegar me encontré con que, al lado del gran fogón, había una persona que se levantó de repente y me mostró una cara sonrosada y mofletuda muy parecida á la de mi nodriza, añadiéndole unas patillas canosas. Aquel hombre se quitó el sombrero y exclamó:

—¡La señorita Henriqueta!

—¡No, no! Soy Miette como siempre, mi querido Merlín, ó me enfado contigo ahora mismo...

Y le tiré á modo de caricia de los pelos más largos de sus patillas de chuleta, mientras con otra mano hacía una escala en su cráneo sonrosado.

—Sí, puedes llamarla Miette, anda.. Ya ves que sigue siendo la misma, afirmó mi nodriza.

—¡Y qué mal haría en cambiar!.. Quiero decir, de hoy en adelante, porque ha habido en ella un cambio, y grande, desde que yo la enseñaba á andar cuando tú no podías con ella... ¡Y cómo ha cambiado también en los tres años que hace que no vengo al país! ¡Por vida de!..

Me callo el fin de la exclamación del buen hombre, mi «tío de leche», pues es hermano de mi nodriza. Los tuvimos á los dos en París, en nuestro entresuelo de la calle *Madame*, hasta que nos fuimos. Merlín pasó entonces á la familia Delombre y mi primo Marcos se quedó con él cuando murieron sus padres.

Sí, convengo en ello, esta noche se me ha debido abrir alguna grieta en el cráneo, pues en cuanto vi al buen Merlín en la cocina, pensé en el sabio encantador del mismo nombre que abría y cerraba las puertas del destino á tantos príncipes encantados y á tantas hermosas damas en los pasados siglos.

Instalada ante mi chocolate, estuve oyendo hablar á Merlín, que se tomó su café sin permitir sentarse ni en un rincón de la mesa. Pasando del francés al provenzal y del provenzal al francés según que se dirigía más particularmente á mí ó á su hermana, el hombre nos contó su viaje y nos explicó el retraso de su visita, pues hacía tres semanas que estaba en Arlés, su pueblo.

Seguramente hubiera él venido al entierro del «pobre señor...» pero al bajar del tren se había torcido un pie y el reuma había complicado el mal. Así es que pensó detenerse un día en los Angles al volver á París...

—¿Allí encontrarás á mi primo?

Hice esta pregunta latíndome el corazón como si fuera de las que deciden la felicidad ó la catástrofe.

Merlín, que no lo sospechaba, recogió con la cucharilla un terroncito de azúcar que no se había disuelto en la taza y lo mascó con golosina, antes de responder:

—El señor estará de viaje todavía una semana... á Dios gracias, pues no me va á faltar trabajo en ese tiempo: una limpieza en regla, sacudir alfombras y cortinas y, lo que es más difícil y más fastidioso, buscar una cocinera.

—¡Ah! ¿Buscas una cocinera?, dije yo apercibiendo el oído.

—Sí; la que hemos tenido tres años se casa con el mozo de la carnicería... Le compadezco al hombre,

hace más efecto que el de afirmarles en la creencia de que estoy á punto de volverme loca...

Para quitarles esta lamentable opinión los llevo al despacho de mi tío, y sentada delante de la mesa y ellos en pie, á derecha é izquierda, les leo las cartas que he copiado en este diario. Al llegar á la última palabra de la que jamás se terminará, mi nodriza se enjuga una lágrima con el delantal, Merlín se suena ruidosamente y á mi garganta sube un sollozo... Los tres lloramos un rato, pero yo reprimo mi enternecimiento, para aprovecharme del suyo, y digo:

—Ahora lo comprendéis bien; es mi tío quien me ordena que vaya á París para que mi primo Marcos me vea y se case conmigo. Conozco su carácter y no hay que dejarle hacer las cosas solo... Pero estoy en su casa; un día ú otro repara en mí y queda impresionado... agradablemente...

Al decir este adverbio les consulto con la vista.

Rosina hace un signo afirmativo, y Merlín, no menos imprudentemente, castañetea con los dedos. Entonces yo prosigo con más fuerza:

—Mi primo se acostumbra á mi presencia; descubre que puedo hacer algo más que ponerle salado el puchero y te lo confía á ti, Merlín. Tú te embrollas con tus explicaciones, me le envías para la escena de *la declaración*, y todo pasa divinamente en el mejor de los mundos posibles...

—¡No! Si la escuchamos, dijo Rosina, ni el señor cura en el púlpito podría con ella.

Merlín se permite esta reflexión:

—¡Para que una muchacha de las nuestras, que hablase como tú,

hiciese la tontería de meterse á cocinera!.. Sería lo menos maestra de escuela, como nuestra sobrina Julia Duchene, que es institutriz.

Yo adopto una actitud de orador, cruzo los brazos, echo hacia atrás la cabeza y pregunto á Merlín:

—¿Puedes decirme cuánto gana al año tu sobrina la institutriz?

—Pues, para empezar, creo que ganará unos seiscientos francos.

—¿Y cuánto *sacaba* al año la última cocinera de mi primo?

—Con ciertos gajes, podría *sacar* unos ochenta francos al mes.

—Multipliquemos por doce y llegamos, si cuento bien, á la cifra de novecientos sesenta francos, casa y comida, y á la conclusión de que tu sobrina Julia ha sido una tonta de aprender mal la aritmética en vez de aprender bien á guisar.

Merlín, que, evidentemente, pierde pie, se agarra á una cuerda que había yo dejado colgando de mi última frase, y dice triunfante:

—¡A guisar! Ante todo, ¿sabes tú hacerlo?

—Tú me *formarás*, como hubieras formado á Mion.

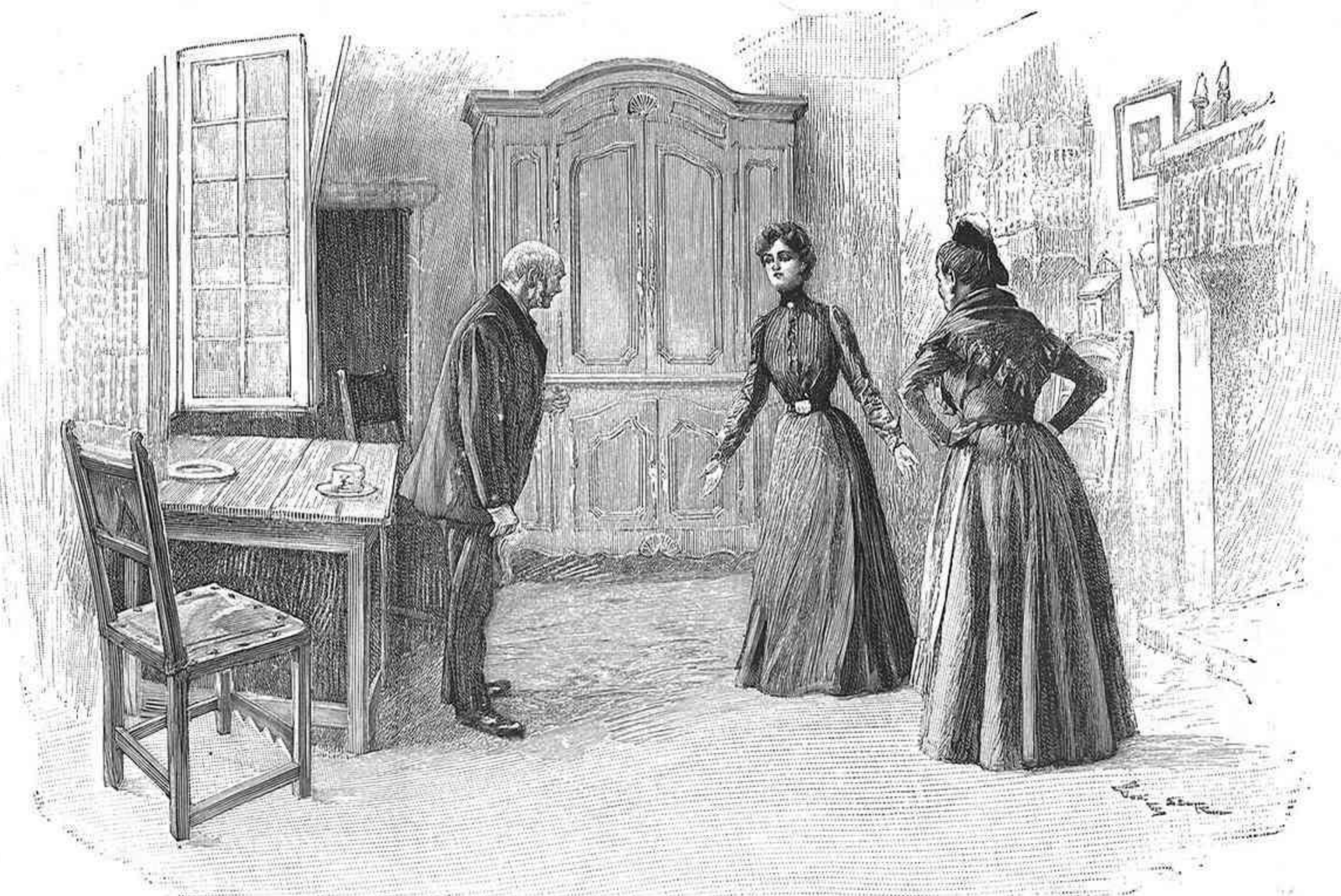
Rosina y él levantan los brazos al cielo con el clásico ademán de los grandes vencidos. Mi nodriza, sin embargo, se rehace otra vez y dice, volviéndose á sus cacerolas:

—En fin, todo esto que hablamos no es más que perder el tiempo. El Sr. Loriol es el tutor y no sentirá semejante locura...

—Eso pronto lo sabremos. Merlín, vas á acompañarme ahora mismo á la calle Calade.

Corro á ponerme mi toca de astracán y mi bolero, y pronto estoy bajando la cuesta con el pobre Merlín, que me acompaña sin el menor entusiasmo, aunque espera que mi tutor va á apagar de un soplo mi locura.

Entre tanto, es el maestral el que sopla desde lo alto del cielo azul, del que borra y rechaza las más pequeñas nubes. En el puentecillo doble que une *la Barthelasse* con las dos orillas del Ródano, Merlín hace eses al impulso de aquellas furias del aire, á las que ya no está acostumbrado y que yo arrostro valdando con ellas. Por fin llegamos á las fortificaciones y, por la puerta del Oulle y las tortuosas callejuelas, esquivamos su persecución.



¡No la busques! Es inútil, querido Merlín... ¡Yo tengo tu cocinera!

porque tiene un genio del diablo la tal Eugenia... Pero, con todo, no podré reemplazarla tan pronto, porque como en casa se guisa tan poco, no hay modo de sisar mucho. El señor no come en casa más que cuando está resfriado; tres veces en el invierno todo lo más.

Aquí Merlín, poseído de su asunto, olvida su respeto de las distancias, se sienta á medias en una punta de la mesa y toma un tono confidencial para decirnos:

—Realmente, la plaza convendría á alguna muchacha á quien yo pusiera al corriente... Yo la formaría á mi gusto y haría su camino más adelante...

Rosina objetó con gesto de susto:

—¡Una muchacha en casa de un soltero!..

Merlín se encogió de hombros.

—La casa es tranquila... Cuando Eugenia se despidió, me dijo riendo que en tres años no le había dicho el señor ni tres palabras... Así es que había yo pensado llevar á mi sobrina, ¿sabes?, la Mion de los Begudes... Pero parece que su novio ha vuelto del ejército y tiene prisa por casarse... Tengo que buscar otra en lugar de Mion...

Y hete aquí que me levanto de un salto y exclamo:

—¡No la busques! Es inútil, querido Merlín... ¡Yo tengo tu cocinera!

Merlín y la nodriza me miran embobados. Y yo continúo:

—Mion ó Miette, ¿qué puede importarle á mi primo? Y yo también soy tu sobrina, ¿verdad?, tu «sobrina de leche...» ¿Por qué no me has de llevar á mí á París en lugar de Mion?

Merlín balbucea muy sofocado y olvidando el «usted» y el «señorita»:

—¡Tú! ¡Llévate á ti como cocinera!

Mi nodriza se echa á reír.

—¡Qué tonto eres! ¿No ves que lo dice por divertirse?

Pero pronto cesa de reír y se queda petrificada como su hermano cuando, plantada delante de ellos, las cejas fruncidas y el brazo extendido, les digo en tono magistral:

—¡Escuchad!... Esto está en el Corán: «Si la montaña no viene á Mahoma, preciso será que Mahoma vaya á la montaña.»

Pero ni ellos cambian de parecer ni mi cita les

Oyendo á Merlín, que soplabá detrás de mí como si todo el maestral se le hubiese metido en el pecho, he subido la ancha escalera de piedra del viejo caseron en que vive mi tutor y notario, he empujado la puerta de su estudio y me he ido derecha al despacho, en el que he entrado después de una breve llamada.

El busto del Sr. Loriol, inclinado sobre la mesa, se levanta al oír mi voz.

—Sr. Loriol, he descubierto el modo de tomar la ofensiva... ó, más bien, Merlín me lo ha traído...

Merlín aventura un murmullo de protesta que no consigue interrumpirme. Le presento y cuento á mi tutor cómo, al encontrar á aquel buen hombre en la cocina, pensé que el célebre encantador de que es tocayo me favorecía con una aparición, y la conversación que vino después, de la que salió mi hermoso proyecto...

Loriol, que, durante este discurso, se había cogido varias veces la cabeza con las huesudas manos, da un puñetazo en la mesa cuando acabo mi peroración y dice, interpeando al desgraciado Merlín:

—¡Cómo! Viejo loco, ¿es usted quien ha metido una idea semejante en la cabeza de esta niña?

—¡Yo!, gime Merlín, yo, que daría... cien francos por haber pasado de largo por Aviñón y los Angles...

Este grito del corazón prueba su inocencia á mi tutor y el debate se circunscribe á los dos.

—¿Pero eres bastante niña para suponer que una muchacha puede habitar bajo el mismo techo que un joven sin arriesgar su reputación?

—¿Acaso Mion hubiera arriesgado la suya? Lo mismo da que la cocinera sea Mion ó Miette...

—¡Cocinera! Si cuentas con ese título para evitar que se hable de ti...

—¿Quién ha de hablar? No conozco á nadie en París y usted se arreglará aquí para explicar las cosas.

—¡Me arreglaré! ¡Me arreglaré!.. ¿Piensas en mi responsabilidad ante semejante disparate? Cuando el Sr. Delombre lo sepa...

—¡Bah! Sea lo que quiera lo que él decida entonces, sus rayos caerán sobre mi sola, se lo prometo á usted.

—Pero, en fin, cuando viste á este solterón empedernido eras una chiquilla. ¿Y si hoy no te gusta?

—Nada más sencillo; atrapo el mal del país y Merlín me trae á los Angles en un periquete.

—... ¡Ponernos al Sr. Delombre y á mí en la situación más falsa!.. ¡Y todo lo que de eso puede resultar!..

—¿Qué puede resultar? Lo peor es que siga siendo la prima de mi primo en vez de convertirme en su mujer... Reflexione usted un poco... Si mi tío no hubiese tenido confianza en el corazón de Marcos, ¿hubiera insistido tanto en traerle á los Angles? ¿Se hubiera escrito esa última carta en que le conjura á hacer de mí «la alegría de su hogar»? ¡Oh! Parece que estoy oyendo al que tanto nos quería á los dos decirme todavía en este instante: «Puesto que Marcos retrocede ante la felicidad, llévasela tú misma; no la rehusará de tus dos manos francamente ofrecidas.»

Loriol golpea nerviosamente en un libro con un cortapapeles y Merlín se suena, y confiesa, ya vencido:

—Vamos, señor; por mucho que usted diga, ella encontrará siempre razones para todo.

Mi tutor se levanta y exclama:

—¡Ah, Merlín, Merlín, qué bien hubiera usted hecho en seguir su camino á París ó al diablo, en vez de apearse hoy en los Angles!

Merlín aprueba con un enérgico movimiento de su sonrosada calva. Pero yo he ganado la partida, y salto al cuello de mi tutor diciéndole:

—¡Ea, Sr. Loriol, sea usted amable y piense en redactar el contrato de boda entre Marcos Delombre y Enriqueta de los Angles!.. Y no se olvide de pasar por casa de su sastre á mandarse hacer un frac, pues usted me conducirá al altar antes de que haya pasado mucha agua por los puentes del Ródano, se lo juro.

Mientras mi relación, Loriol, con una mueca feroz, ha abierto la caja de hierro, ha sacado un fajo de billetes azules y se los ha entregado á Merlín.

—En todo caso, no quiero que carezca usted de dinero para traerla ó para hacerla cuidar en París si aumenta su locura.

Y añadió dirigiéndose á mí:



Y pronto estamos los tres muy ocupados en preparar mi baúl.

—Y tú no olvides que, suceda lo que suceda, me lavo las manos...

—Perfectamente. Y si no me deja usted marchar sin una buena sonrisa, le prometo enviarle como aginaldo una hermosa jofaina de plata.

Nadie más que yo hubiera adivinado su sonrisa cuando le doy un beso, hasta tal punto la muerdo furioso contra el labio inferior, pero yo la he visto y me voy triunfante por los puentes llevándome á Merlín como un esclavo encadenado.

Una ó dos veces me divierto en dejarme caer y levantar por el maestral. ¡Dios mío! Me parece que no tengo más que abandonarme así á los elementos para que todos me lleven al paraíso terreno con que sueño... Cuando me vuelvo para enderezarme la falda, veo al pobre Merlín con una mano en el sombrero y la otra extendida delante de él, como un remo, y las ráfagas me traen de minuto en minuto su gemido acompasado. Acabo por cogerle del brazo y me le llevo diciéndole al oído:

—¡Eh, tonto, haz como el Sr. Loriol, lávate las manos!

¿Será el orgullo de copiar á aquel ilustre modelo? Lo cierto es que Merlín se reanima un poco.

Rosina, á su vez, al saber que el Sr. Loriol aprueba ó, por lo menos, deja hacer, no se atreve ya á gruñir, y pronto estamos los tres muy ocupados en preparar mi baúl.

De pronto veo una falda de paño verde ciruela y á su lado un corpiño de tafetán negro y un delantal perla, que forman parte de un traje de arlesiana que mi tío me regaló el día de mi santo y que me pongo de vez en cuando para divertirme. Y voy á decir á Merlín, que está en mangas de camisa componiendo una correa del baúl:

—Ahora que me ocurre, ¿no lleva tu sobrina, como mi nodriza, el traje de las arlesianas?.. ¿Sí? Creo, entonces, que debiera ponerme el mío.

Lejos de agradaarle, la proposición exaspera al pobre hombre:

—¡Eso es! ¡No nos faltaba más que esa idea!.. ¡Y pensar que soy yo el que te sacaré por París!.. ¿Crees que no se volverá bastante la gente para vernos pasar?

Le pregunto si hay costumbre en París de volverse para ver pasar á las muchachas..., y él no se dig-

na responder directamente, pero declara con un formidable gruñido que nunca, jamás, consentirá en tomar el tren conmigo si voy vestida de arlesiana.

No he querido hacer rebosar la copa de su amargura; pero he hecho con la falda, el corpiño, el delantal y las pañoletas un paquete que no parece nada, y por la noche, cuando Rosina y Merlín se han ido á la cama, lo he escondido en un rincón del baúl con una cajita que contiene mis pendientes y la larga cruz de oro de la capella.

Antes de acostarme doy un beso, á modo de buenas noches, al retrato de mi tío, y él me sonríe largamente, me aprueba sin restricción y me asegura muy bajito que no volveré sola á su lado...

París, sábado 30 Novbre.

¡Mi primer día en París! Pues bien: no me arrepiento lo más mínimo de haber venido. Preciso es, ciertamente, que el arrepentimiento no sea una enfermedad que se pague, pues desde que bajamos juntos de los Angles, Merlín se ha dado más de diez veces golpes de pecho por su pecado de haber hecho allí una parada tan funesta.

Nuestro viaje, sin embargo, ha sido delicioso, aunque un poco antes de Lyon desapareciesen el sol y el maestral y el cielo se derrumbase, casi, sobre la tierra, tan bruscamente disminuyó el espacio entre él y la cima de las colinas; pues pasada la vega del Ródano, no se ven ya montañas. Las grandes crestas son reemplazadas por toperas, y al pie de esos montonci-

tos de arena veo, en toda la Borgoña y en las lindes de los bosques calados de niebla, unas filas de cabañas, de esas de que tanto se habla en los libros de poesías, pero que, en realidad, se parecen demasiado á las chozas de las tribus salvajes.

Por lo demás, todo me agradaba ó me divertía en la fuga desordenada del rápido, hasta el vuelo de los cuervos por encima de las llanuras peladas, los pueblos regados de lluvias diluvianas que íbamos atravesando con resoplidos de monstruo fabuloso, y las caras ahumadas de nuestros compañeros de vagón. Un matrimonio viejo ocupaba los dos rincones de la contravía con todo un cargamento de paquetes. La señora empleaba sus ocios en extender sobre sus rodillas y las de su marido una inmensa piel, como si tuviéramos que atravesar las estepas siberianas. Las tristes y arrugadas caras de los dos expresaban como un mortal aburrimiento por vivir juntos desde la juventud, y yo me preguntaba: si dentro de cuarenta años daríamos Marcos y yo ese triste espectáculo con nuestro reuma, nuestras arrugas y nuestras canas...

La imagen de la viejecita apergaminada que llegaría yo á ser me parecía tan chistosa, que me daban ganas de echarme á reír cada vez que miraba á la respetable pareja; pero entonces me encontraba con los ojos de un joven que iba al lado de Merlín haciendo como que leía un periódico, y tenía yo que adoptar una actitud indiferente mientras velaba el sueño de mi acompañante; pues el buen hombre dormía profundamente, á pesar de sus esfuerzos estoicos y de los sobresaltos de su alarmada conciencia. Cada cuarto de hora, le veía levantar de repente la cabeza, con ojos de aturdimiento y desconfianza, é inspeccionar la actitud de nuestros compañeros, y, sobre todo, la del joven que tenía al lado. En seguida se pasaba cinco minutos haciéndome preguntas:—¿Tienes hambre?.. ¿Tienes sed?.. ¿Tienes frío?.. ¿Tienes calor?..—y acabado el interrogatorio, empezaba á dar cabezadas y á dejarse acunar por el movimiento del tren.

La hora del almuerzo fué la única penosa entre los dos. Merlín quería traermelo al coche; pero en cuanto se detuvo el tren, salté al andén y tuvo que seguirme al vagón-restaurant con una cara desolada y lastimosa como la de un payaso zurrado. De ningún modo quería sentarse á la mesa.

(Continuará.)